

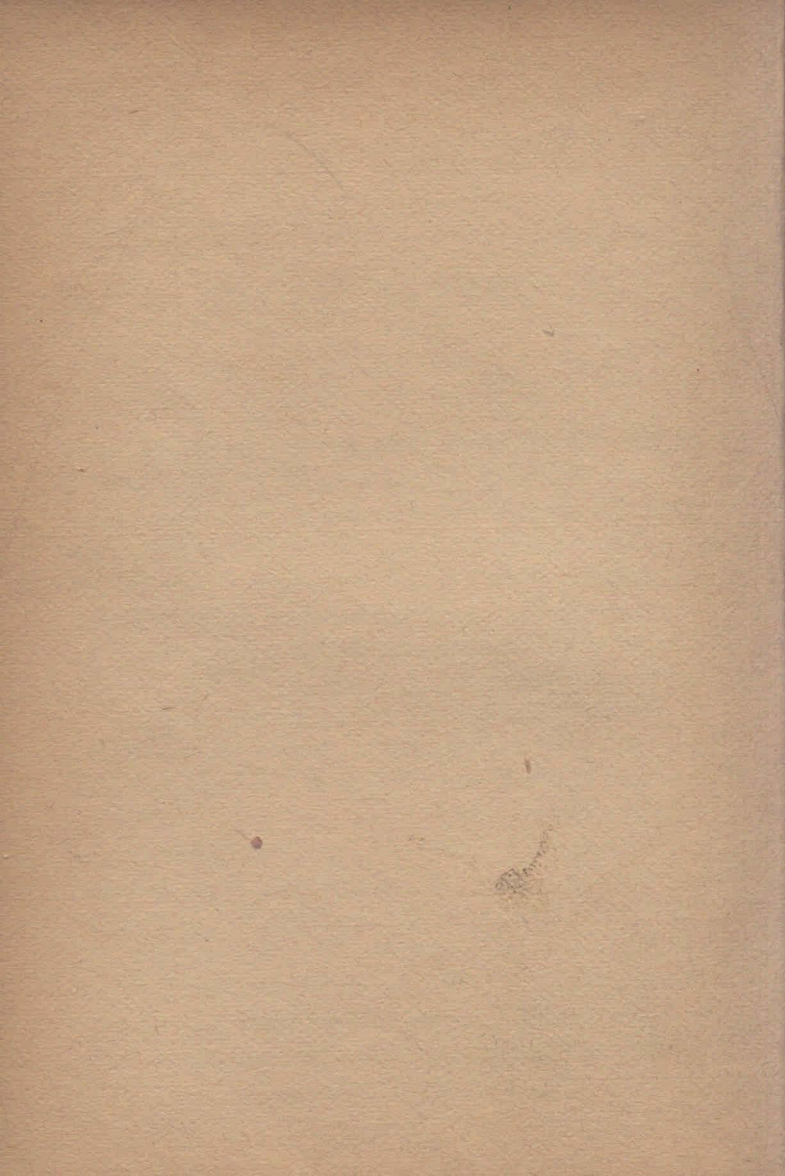
WALTER SCOTT

SIR Walter Scott, gran poeta y novelista escocés, nació en Edimburgo el 15 de agosto de 1771. En su infancia, precaria y enfermiza, sufrió un ataque de parálisis que lo dejó cojo de la pierna derecha. Esto influyó notablemente en su afición por la literatura recreándose su viva inteligencia en las narraciones épicas y heroicas de los bardos escoceses.

Estudió más tarde en la Escuela Superior de Edimburgo y durante algún tiempo practicó la carrera de abogado, retirándose al fin para dedicarse a la literatura.

“El canto del último juglar” le dió fama de autor eminente y en 1814 publicó la obra anónima “Waverley” primera de las “Waverley Novels”, entre las que se encuentran “Guy Mannering”, “El Anticuario”, “El corazón de Midlothian”, “Antigua Mortandad”, “Ivanhoe” y otras.

Escribió también grandes poemas como “Marmion” y “La dama del lago”.



I

EN aquel hermoso cantón de Inglaterra bañado por las aguas del río Don, se extendía antiguamente una inmensa floresta que ocultaba la mayor parte de los valles y montañas que se encuentran entre Seffield y la ciudad de Doncaster.

Este es el principal sitio de la escena de nuestra historia, cuya fecha se refiere a los últimos años del reinado de Ricardo I "Corazón de León", época en que los deseos de sus vasallos, más bien que fundadas esperanzas, hacían creer que regresaría del cautiverio en que le había encerrado la perfidia al volver de Palestina. La nobleza, cuyo poder no reconocía freno, se entregaba a su atigua insolencia. Reforzaba sus tropas, fortificaba sus castillos y aumentaba el número de sus posesiones, apoderándose de las de sus pacíficos ve-

Después de la conquista de Inglaterra por Guillermo duque de Normandía, seguía en la misma conducta opresora. Los nobles normandos se habían hechos dueños del mando después de la famosa batalla de Hastings, y la raza de los príncipes y nobles sajones había sido despojada o destruída y apenas se encontraba un sajón que conservara algún dominio en el país de sus antepasados. Los soberanos de raza normanda distinguían con su predilección a los vasallos normandos e introducían nuevas leyes sobre la caza y otros mil objetos importantes que contrariaban el código sajón y agravaban la pesadumbre del yugo que oprimía a los habitantes conquistados. El francés era el idioma usado por la nobleza, habiendo quedado el uso del sajón para los campesinos y demás clases inferiores. Pero la necesidad de comunicarse y entenderse los señores del país y los que le cultivaban, produjo un dialecto que participaba del francés y del sajón y éste fué el origen del idioma inglés.

Esta era la situación del estado en la época de que hablamos. Las heridas producidas por la conquista permanecían sin cicatrizar y existía la lí-

nea que separaba a los descendientes de los normandos de los sajones.

Caminaba el sol hacia su ocaso y sus purpúreos rayos perdían sus fúlgidos matices al quebrarse en el verde ramaje de los árboles del bosque que indicamos al principio. Millares de encinas extendían sus ramas sobre una encantadora alfombra de verde césped; con ellas se mezclaban las de los abedules, acebos y otros varios árboles cuyo tejido interceptaba el paso a la luz.

Notábase además abierto un considerable espacio cruzado por un arroyuelo, cuyas ligeras ondas producían un dulce murmullo.

Animaban el rústico paisaje dos personas cuyo porte y vestidos indicaban cierto aire selvático y agreste. El más entrado en años parecía un aldeano, vestido muy sencillamente con un viejo gabán de piel curtida. Le llegaba desde el cuello a la rodilla y estaba ceñido al cuerpo por un cinturón del que pendían un saquito, un cuerno de carnero convertido en bocina y un largo cuchillo de monte. Tenía un collar de cobre semejante al que usan los perros, pero no tenía ninguna abertura y era imposible abrirle sin recurrir a una lima. En él

había grabada esta inscripción: “Gurth, hijo de Beowulps, esclavo de Cedric de Rotherwood”.

Junto a aquel guardián de cerdos estaba sentado un hombre vestido con una túnica de vivo color de púrpura con adornos grotescos y cubierta la cabeza con una caperuza llena de cascabeles que sonaban a cada movimiento. Tenía un collar igual al de Gurth, pero de plata, y en el que se leían estas palabras: “Wamba, hijo de Witles, esclavo de Cedric de Rotherwood”. Su traje y su fisonomía hacían ver que Wamba era uno de aquellos bufones que los grandes señores tenían para su distracción. De su cintura pendía un saquito y un sable de madera.

Hablaban ambos en anglo-sajón y Gurth sonaba infinitas veces su bocina para reunir a los dispersos animales, ayudándole en esta tarea su perro “Fangs”.

—Te aconsejo, Gurth — dijo Wamba, — que abandones la piara a su destino, porque sea que caiga en manos de contrabandistas, de soldados o de peregrinos, esos animales estarán mañana convertidos en normandos.

—¿Convertidos en normandos? Explícame ese enigma.

—¿Qué nombres das a estos animales que gruñen y andan en cuatro patas?

—¡El de cerdos, loco, el de cerdos!

—Cerdo es palabra sajona; mas cuando el cerdo está degollado, chamuscado, hecho cuartos y colgado de un gancho como un traidor, ¿cómo le llamas?

—Tocino.

—¡Estoy encantado! Pero como los normandos denominan "tocino" a estos animales vivos o muertos, y los sajones sólo cuando están muertos, se vuelven normandos en el momento que los degüellan para servirlos en los festines de los nobles. Pero, ¿qué cabalgata es la que viene hacia nosotros?

—¡Yo no me cuido de eso! — contestó Gurth dirigiendo su piara hacia una de las alamedas del bosque. — Emprendamos el camino porque nos amenaza una terrible tempestad. ¿No oyes el ruido de los truenos, el resplandor del relámpago y la lluvia que empieza a caer?

Sintió Wamba la fuerza de este razonamiento y acompañó a su camarada que, precedido de su piara, se dirigía a grandes pasos a la morada de su dueño.

II

NO tardaron en alcanzarles los caminantes, que eran diez. Dos de ellos parecían ser personas de alta importancia, y las otras ocho componían su comitiva.

A primera vista se divisaba que uno de los personajes era eclesiástico y que el otro era caballero de la Orden del Temple. El primero montaba una mula perfectamente enjaezada y adornada con cascabeles de plata y el segundo un hermoso potro. Su caballo de batalla era conducido de las riendas por un escudero y otros dos llevaban la lanza y el escudo. A estos escuderos seguían otros dos, cuyo color bronceado y vestidos orientales hacían conocer que eran de Asia. El resto de la comitiva lo formaban monjes que escoltaban a su superior y conducían una mula cargada con sus efectos y un hermoso potro andaluz.

Wamba reconoció en el monje al Prior de la Abadía de Jorvaultx.

Los dos siervos sajones saludaron respetuosamente al prior, el cual les pidió le indicasen el camino que debían seguir para ir a la casa de Cedric “el Sajón”.

—No es fácil encontrar el camino — dijo Gurth. — Además la familia de Cedric se recoge temprano.

—¡Buena razón! — contestó el caballero. — La familia de Cedric se tendrá muy honrada en levantarse para servirnos, ya que nos humillamos solicitando su hospitalidad.

—Dime tú, querido — dijo el prior a Wamba, alargándole una moneda, — el sendero que hemos de tomar para llegar a la morada de Cedric “el Sajón”, pues no puedes ignorarlo.

—Sigan vuestras reverencias — dijo el bufón, — esta misma vereda hasta llegar a una cruz; allí tomaréis el camino de la izquierda y en seguida llegaréis al término de vuestro viaje.

El prior dió las gracias a Wamba y la comitiva partió al galope. Cuando apenas se sentían las pisadas de los caballos, Guth dijo à su compañero:

—Muy dichosos serán si llegan a Rotherwood antes de bien entrada la noche.

—¡Quién lo duda! No soy yo el cazador que indica al perro dónde se encuentra el gamo.

—Hacéis bien. No fuera razón que ese templario viera a lady Rowena y peor que se trabase de palabras con Cedric.

En cuanto se alejaron los caminantes continuaron su conversación en idioma normando-francés.

—Prior Aymer — dijo el templario, — hablando de la hermosa sajona, os diré que ha de ser muy linda la hija de Cedric para reducirme a guardar la tolerancia necesaria para granjearme el favor de su padre.

—No es su padre, sino su tutor, y la ama como si fuera su propia hija. Yo os aseguro que si su belleza no aventaja a la de las beldades de Palestina, pierdo mi collar de oro contra diez pipas de vino de Scío.

—Acepto la apuesta. Veréis vuestro collar sobre mi gola en el torneo de Ashby de la Zouche.

—Engalanaos en buena hora con él, si le ganáis lealmente. De todos modos exijo y espero que no déis ocasión a Cedric para enojarse y... Pero es-

ta es, sin duda, la cruz de que nos habló el bufón. ¿No dijo que tomásemos a la izquierda?

—A la derecha, si mal no me acuerdo.

—¡No, no, a la izquierda!

Al fin, el templario vió un hombre dormido o muerto al pie de la cruz y ordenó a su escudero que lo despertase con el asta de su lanza. Hízolo así y habiéndose puesto el dormido en pie le preguntaron por el camino que buscaban.

—Precisamente allí me dirijo y si queréis os serviré de guía.

El prior dispuso que uno de los legos diera su caballo al peregrino, el cual tomó el camino opuesto al que Wamba había indicado. Después de atravesar un estrecho y peligroso camino, llegaron a un terreno ancho desde el que se divisaba un gran edificio bajo e irregular.

—Allí — dijo el peregrino, señalando la gran casa, — tenéis a Rotherwood, la morada de Cedric “el Sajón”.

Llegaron a la puerta de la residencia de Cedric y el caballero del Temple tocó con fuerza la bocina colgada a su entrada. La cabalgata se introdujo apresuradamente en la casa, pues el agua empezaba a caer con violencia.

III

EN un salón de dimensiones desproporcionadas había una gran mesa de encina y encima de ella se veía todo preparado para la cena de Cedric "el Sajón". En cada extremo de la sala había una gran chimenea y de las paredes pendían varios instrumentos de caza y guerra. En cada ángulo había una puerta que daba entrada a las habitaciones interiores.

El pavimento estaba hecho con una mezcla de tierra y cal sumamente compacta y endurecida. En un lado estaba más alto el piso, formando un estrado que sólo podía ser ocupado por los principales miembros de la familia o por huéspedes ilustres. Sobre la plataforma había una mesa cubierta con un rico tapete de grana, y del centro salía otra, que ocupaba toda la longitud de la sala, destinada para los huéspedes de clase inferior y cria-

dos de más rango. Sobre el estrado había varios sillones cubiertos con un dosel de paño y en medio dos de mayor tamaño para el amo y ama de la casa. Cedric "el Sajón" ocupaba su puesto ya hacía largo rato y su impaciencia era grande por la tardanza en servirle la cena.

La fisonomía de Cedric demostraba su carácter franco, pero vivo e impetuoso. Era de mediana talla, ancho de espaldas, de largos brazos, fornido y robusto. Sus ojos eran azules, sus largos cabellos rubios divididos en la parte superior de la cabeza, desde la frente, le caían a ambos lados sobre los hombros.

Su traje se componía de una túnica verde con el cuello y las mangas guarnecidas de piel y unos calzones de lo mismo. Las sandalias eran de materiales finos y ajustados con broches de oro; de igual metal eran los brazaletes y una ancha argolla que adornaba su cuello. De su cinturón, adornado con piedras preciosas, pendía un largo puñal puntiagudo. Sobre el respaldo de su sillón colgaba una gran capa de grana forrada de pieles y un gorro de lo mismo que completaban el traje del sajón. En el mismo sillón había apoyada una jabalina que le servía de arma y de bastón.

Los criados que había en el salón espiaban los movimientos de su amo para servirle con prontitud. Había también dos o tres descomunales mastines de caza, igual número de perros de menos corpulencia y un par de ellos mucho más pequeños que esperaban con impaciencia la cena. Solamente un perro viejo se tomaba la libertad, propia de un favorito, de colocarse junto al sillón de Cedric poniendo la cabeza sobre sus rodillas. El ceñudo amo sólo respondía: “¡Abajo, “Balder”; abajo, que no estoy para fiestas!”.

Es cierto que le dominaba el mal humor. Acababa de llegar lady Rowena que había ido a vísperas a una iglesia distante y venía inundada por el aguacero. Se ignoraba el destino de la piara de Gurth porque tardaba demasiado en llegar, y esta tardanza le desazonaba tanto más cuanto que la riqueza de los hidalgos sajones consistía principalmente en grandes piaras de cerdos.

También aumentaba su fastidio la falta de su favorito Wamba y el no haber probado bocado desde mediodía. El copero le presentaba, de rato en rato una gran copa de vino y Cedric, después de apurarla, exclamaba:

—¿Pero por qué tarda tanto lady Rowena?

—Está mudándose de vestidos — contestó una camarera.

Ante estas razones, el Thané respondió con una interjección, a la que añadió:

—Espero que si otra vez va a la iglesia, escogerá un tiempo más a propósito. ¡Pero con dos mil diablos! ¿Qué hace Gurth! ¿Qué razón tiene para estar a estas horas fuera de casa? Apuesto que mis bienes han pasado ya a manos de algunos bandidos. ¿Y Wamba? ¿Dónde está Wamba? ¿Quién ha dicho que salió en compañía de Gurth?

—Así es — respondió Oswaldo.

—¡Méjor que mejor! Bueno es que un loco de un rico sajón vaya a divertir a un señor normando! ¡Mas yo me vengaré! ¡Desafiaré uno a uno a los normandos y pelearé cuerpo a cuerpo con ellos! ¡Me creen viejo, sin duda; mas ellos verán que la sangre de Hereward circula aún por mis venas! ¡Ah! Wilfredo, Wilfredo — dijo en tono bajo y como hablando consigo mismo. — ¡Si hubieras sabido refrenar tu insensata pasión, no se vería tu padre abandonado en su vejez!

Estas ideas cambiaron en tristeza la cólera de Cedric.

De pronto oyó el ruido de una trompa y en-

trando uno de los guardias anunció que Aymer, prior de Jorvaulx, y el caballero Brian de Bois-Guilbert con su comitiva, solicitaban hospitalidad por aquella noche.

—¡El prior Aymer! ¡Brian de Bois-Guilbert! — murmuró Cedric. — Los dos son normandos. ¡No importa! Sean bien llegados. — Y volviéndose a su mayordomo le ordenó que saliera a recibirlos, después mandó taladrar el mejor tonel de vino añejo, preparar el mejor hidromiel, la sidra más espumosa, el morado y el picante más oloroso y por último envió a Elgitha a decir a lady Rowena que si no quería asistir al banquete podría cenar en su aposento.

—Antes bajará con mucho gusto — respondió la camarera. — Su mayor deseo es enterarse de las últimas noticias de Palestina.

Cedric le lanzó una fulminante mirada y le ordenó ir a dar el recado a su señora.

Elgitha se retiró sin réplica.

—¡Palestina, Palestina! También yo debería escuchar sus noticias con interés. ¡Pero no! ¡El hijo que me desobedece no es mi hijo y su suerte no me interesa!

Una nube cubrió el rostro de Cedric. A poco se abrió la puerta principal del salón y los huéspedes entraron en él, precedidos por los criados y el mayordomo con su varita blanca.

IV

TANTO el prior como el caballero del Temple habían aprovechado aquella ocasión en que tenían necesidad de cambiarse de ropa para ponerse otros trajes más ricos y elegantes.

Los dos personajes iban seguidos de sus respectivas comitivas, y a mayor distancia iba el peregrino que les había servido de guía. En su aspecto nada se notaba de particular sino el regular atavío de un peregrino. Entró en el salón con ademán modesto, detrás de los últimos criados, y viendo que apenas había puesto libre en la mesa inferior, eligió otro en una de las chimeneas, aguardando que el mayordomo le enviase algún alimento.

Se levantó Cedric con amable semblante y descendió tres pasos más allá de la plataforma deteniéndose allí para aguardar a que los huéspedes

llegasen. Cuando éstos se aproximaron les pidió perdón por su aparente descortesía, diciéndoles que un voto le obligaba a no adelantar tres pasos más allá del dosel para recibir a quien no tuviese sangre sajona. Se excusó también de hablarles en su lengua natal en la cual les rogaba le contestasen. Después les señaló los puestos que debían ocupar y en seguida mandó a los criados que sirvieran la cena.

En tanto que los criados se ocupaban de obedecer a su dueño, divisó a lo lejos a Gurth con su compañero Wamba que acababan de asomar a la puerta del salón. Al verlos les preguntó con voz airada por la causa de su tardanza, amenazándoles con graves castigos si tal cosa volvía a suceder.

Gurth, que conocía el fuerte carácter de su amo, no quiso disculparse; pero Wamba le echó la culpa a su perro "Fangs" o, mejor dicho, al viejo Huberto, guardabosque de Felipe de Malvoisin, que halló al perro en el coto de su amo y le castigó arrancándole las uñas delanteras.

—¡Lleve el diablo a Malvoisin y su guardabosque! Toma otro perro para la piara y si el guardabosque se atreve a tocarle el pelo, nos veremos las

caras. Pero dispensadme, mis dignos huéspedes. La cena nos aguarda; servíos y supla la buena voluntad a la pobreza del banquete.

Sin embargo la cena no necesitaba excusa, pues los platos que cubrían la mesa contenían jamón aderezado de varios modos, gallinas, venado, cabra, liebre, distintos pescados, pan, tortas de harina y dulces, pasteles de caza y postres hechos, como compotas de frutas y miel. Delante de cada persona de distinción había un gran vaso de plata; los de clase inferior bebían en copas de asta.

Empezaban a cenar, cuando el mayordomo dijo:
—¡Plaza a lady Rowena!

En seguida se abrió una puerta lateral y penetró en el salón lady Rowena acompañada de cuatro camareras. Cedric se adelantó a recibirla y la acompañó con toda ceremonia al asiento destinado a la dueña de casa. Todos se pusieron de pie y ella contestó al saludo con una graciosa reverencia, pero aún no había llegado a ocupar el sillón, cuando el templario dijo al prior:

—¡No llevaré vuestra cadena de oro en el torneo! ¡Es vuestro el vino de Scío!

—¿No os lo decía yo? ¡Mas moderaos, Cedric nos observa!



Entró en el salón lady Rowena.

A pesar de esta advertencia, Bois-Guilbert tenía los ojos fijos en la noble sajona.

Era Rowena de elevada estatura y de proporciones exquisitas. Tenía el cabello rubio y los ojos azules y profusos rizos entrelazados con piedras preciosas, adornaban su cabeza. Pendía de su cuello una hermosa cadena de oro con un pequeño relicario del mismo metal y los brazos desnudos adornados con ricos brazaletes. Vestía unas enaguas y vaquero verde mar y encima un ancho y larguísimo traje y llevaba pendiente de la cintura un velo de seda y oro.

Cuando observó lady Rowena la fija atención con que la miraba el caballero del Temple, se cubrió con el velo. Cedric, que notó lo que pasaba, dijo:

—Señor templario, las mejillas de nuestras nobles sajonas no pueden tolerar a gusto las fijas miradas de un cruzado.

Bois-Guilbert pidió perdón y el prior Aymer intervino para preguntar si asistirían al torneo de Ashby, ofreciéndoles su compañía para el camino.

“El Sajón” le respondió que siempre viajaba sin más comitiva que sus criados y que si se de-

terminaba a ir lo haría en compañía de su vecino y compatriota Athelstane de Conningsburgh.

En estas pláticas estaban cuando la conversación fué interrumpida por uno de los pajes de portería, que anunció que a la puerta se hallaba un extranjero que pedía hospitalidad.

—Hacedle entrar — dijo Cedric — y cuidado que nada le falte.

El mayordomo salió para cumplir las órdenes de su amo.

V

O SWALDO tardó poco en volver y acercándose a Cedric, le anunció que el llegado era un judío llamado Isaac de York.

En seguida se vió entrar y acercarse al último lugar de la mesa a un hombre de edad avanzada y aventajada estatura. Se presentó turbado, indeciso y haciendo humildes cortesías.

La acogida que dieron al judío de York, fué tal como si todos los presentes hubiesen sido enemigos personales. Ninguno le hizo sitio, hasta que el peregrino cediéndole su asiento, tomó de la mesa un plato de potaje y otro de asado y los colocó delante del judío, marchándose en seguida a ocupar un sitio más cercano al de los distinguidos personajes que estaban al testero de la mesa.

Cedric y el Prior discurrían sobre el uso del idioma francés y el del sajón. El primero se la-

mentaba que hasta el recuerdo de los más famosos hechos del pueblo sajón. se desvanecían en la fama de otro pueblo; su enérgico idioma y hasta sus nombres se oscurecían y nadie lloraba tales infortunios, sino un pobre anciano solitario. — ¡Co-
pero, llenad las copas! ¡Brindemos a la salud del más valiente de cuantos han desnudado su acero en Palestina!

El caballero templario reclamó este honor para sus compañeros los campeones jurados del Temple. El Prior dijo que correspondía a los caballeros hospitalarios y lady Rowena preguntó si era posible que no se encontrase en todo el ejército inglés un sólo caballero que pudiera competir con los del Temple y los de San Juan.

—No os digo, señora — contestó el templario, — que deje de haberlos. El rey Ricardo llevó a Palestina una hueste de famosos guerreros que sólo ceden a mis hermanos de armas.

—¡Que a nadie cedieron jamás! — exclamó con fuerza el peregrino que se había acercado algún tanto. — Y sostengo — continuó — que a los caballeros ingleses que formaban la escolta de Ricardo I no aventaja ninguno, pues yo he visto que el rey Ricardo en persona y cinco caballeros más sostu-

vieron un torneo después de la toma de San Juan de Acre con cuantos se presentaron. Cada caballero hizo morder el polvo a sus tres antagonistas, de los cuales siete eran caballeros del Temple. Presente está sir Brian de Bois-Guilbert que sabe mejor que nadie si digo la verdad.

—Peregrino — dijo Cedric, — tuyo es este brazalete de oro si designas los nombres de esos valientes caballeros.

—El primero en honor, en dignidad y heroísmo — dijo el peregrino — fué el valiente rey de Inglaterra, Ricardo I. El conde de Leicéster fué el segundo; el tercero sir Tomás Multon de Gisland, sir Foulk Doilly, el cuarto; sir Edwin Turneham el quinto.

—Y el último — preguntó Cedric transportado de alegría al ver que tres de ellos eran sajones.

—El último... — respondió el peregrino después de haberse detenido como si reflexionase, — el último era un caballero de menor fama. ¡No recuerdo su nombre!

—Señor peregrino — dijo sir Brian de Bois-Guilbert. — Yo os recordaré el nombre del caballero ante el cual quedé vencido... Fué el "caballero de Invahoe" a quien desearía volver a ver

delante de mí montado y armado para repetir el desafío.

—Si estuviera a vuestro lado Ivanhoe — dijo el peregrino — no necesitaríais hacer esfuerzos para que aceptara vuestro desafío. Si regresa de Palestina, el mismo irá a buscaros; yo respondo de ello.

—¡Buen fiador! — exclamó el templario. — ¿Y qué seguridad dais?

—Este relicario — dijo, sacando una cajita del pecho.

El templario quitándose del cuello una cadena de oro la arrojó sobre la mesa y dijo:

—Recoja el peregrino su prenda y deposite el prior Aymer la mía en testimonio de que si cuando regrese Wilfrido de Ivanhoe no responde a mi reto, le proclamaré cobarde en todos los castillos de los caballeros del Temple.

—No necesitaréis, señor caballero, tomaros esa molestia — dijo lady Rowena. — Yo afirmo que aceptará vuestro desafío y respondo de que sir Wilfrido buscará a ese arrogante caballero y medirá con él sus armas.

Al escuchar el nombre de Ivanhoe todos los

criados fijaron sus atentos ojos en Cedric, el cual dijo a lady Rowena:

—Señora, si fuera necesaria otra fianza yo, aunque agraviado, garantizaría con mi honor el de mi hijo Ivanhoe.

El Prior que temía al irritable sajón y al orgulloso templario y tenía miedo de que terminase mal la cena, pidió permiso para beber el último brindis por lady Rowena y retirarse a descansar.

Tomaron la copa de despedida y los huéspedes, después de saludar a lady Rowena se retiraron.

—¡Perro descreído! — dijo el templario al judío al pasar por su lado. — ¿Vas tú también al torneo? ¡Para devorar con tus usuras a los infelices! ¡Apuesto cualquier cosa a que llevas bajo tu manto un gran gato de “shekele”!

—¡Ni uno solo — respondió el judío; — ni una sola pieza de plata!

—¡El cielo te maldiga, imprudente embustero! — dijo el templario, sonriéndose irónicamente.

Dicho esto se separó de Isaac, que quedó petrificado al escuchar las últimas palabras, y volviéndose a los mahometanos, les habló en un idioma extranjero.

Los ilustres viajeros fueron conducidos a sus

dormitorios por el mayordomo y el copero; los criados de rango inferior indicaron a los demás huéspedes el lugar en que cada uno debía pasar la noche.

VI

EL peregrino siguió a un criado que iba alumbrando el camino; pero al llegar a una estrecha antecámara se acercó a él una camarera de lady Rowena, la cual le dijo que su señora deseaba hablarle y le invitó a que la siguiese. Hízolo así el peregrino y después de atravesar un largo y estrecho corredor entraron en una gran sala iluminada por cuatro bujías colocadas en candeleros de plata.

Lady Rowena estaba colocada en un elevado sillón y tres criadas le arreglaban el cabello despojándole de las ricas joyas que lo adornaban. El peregrino puso una rodilla en tierra respetuosamente. Lady Rowena le pidió que se levantara y ordenó a sus doncellas que se retirasen.

—Peregrino — dijo lady Rowena, — quiero preguntaros en qué situación quedaba el caballe-

ro de Ivanhoe cuando regresasteis de Palestina.

—Yo conozco muy poco al caballero de Ivanhoe — dijo el peregrino con voz temblorosa, — pero tengo entendido que ha salido bien de las persecuciones de sus enemigos porque de un momento a otro regresará a Inglaterra.

Después de haber contestado las preguntas que lady Rowena le hizo sobre la fecha de su regreso, su estado de salud, etc., ésta le despidió dándole una moneda de oro en premio a sus romerías y salió de la sala precedido por Elgitha.

Encontró al criado, que le acompañó hasta un corredor en el que estaban los dormitorios de los criados inferiores y de los huéspedes de menor rango. Después de haberse informado de cuáles eran los dormitorios del judío y de Gurth entró en su cuarto y se acostó sin desnudarse.

Apenas los primeros rayos del sol entraron por la ventanilla de su cuarto el peregrino se levantó con la mayor precaución y pasó al cuarto del judío, al que despertó tocándole con el bordón. El judío se despertó sobresaltado y fijó en el peregrino una mirada horrorizada.

—No temas, Isaac; vengo como amigo a prevenirte que si no marchas al instante vas a tener

muy mal rato en el camino. — Y le explicó que cuando el caballero templario se levantó de cenar, mandó a sus esclavos hablándoles en idioma árabe, que lo cogiesen y llevasen al castillo de Reginaldo “Frente de Buey”, o al de Felipe de Malvoisin.

Es imposible describir el terror del judío cuando oyó tan desgraciada nueva. El peregrino le tranquilizó y le aconsejó que se levantase y saliese mientras los huéspedes dormían, ofreciéndose a acompañarle por secretas veredas hasta dejarle en seguridad.

El judío obedeció y siguió al peregrino. Pasaron ambos a la pieza inmediata en la cual dormía el porquero. El peregrino le despertó y le ordenó que abriera la puerta y les dejase salir.

Gurth se incorporó y mirándoles atentamente se negó a hacerlo, diciendo que debían esperar a que se abriese la puerta principal, pero el peregrino se inclinó hacia él y le habló al oído en sajón. Entonces Gurth se levantó precipitadamente y obedeció al extranjero con tanta prontitud como gozo. El judío y Wamba que habían entrado últimamente no sabían a qué atribuir tan rápida mudanza.

—¡Mi mula, mi mula! — gritó Isaac cuando llegaba ya al postigo.

—Dale su mula — dijo el peregrino, — y dame otra a mí. En Ashby se la devolveré a la comitiva de Cedric. Y tú... — lo que le dijo fué en voz tan baja que ninguno pudo oír nada.

—Lo haré como mandáis — respondió Gurth y partió a toda prisa. A poco se presentó con las dos mulas y el judío montó apresuradamente en la suya. El peregrino montó en la otra y presentó la mano a Gurth el cual la besó con la mayor veneración y respeto.

Los caminantes emprendieron su jornada avivando el paso cuanto podían. El peregrino conocía perfectamente los senderos de la selva y llevaba a su compañero por veredas apartadas y sinuosas que excitaron más de una vez las sospechas del judío que llegó a recelar lo entregase a alguna emboscada. Estas sospechas no carecían de fundamento ya que en aquella época, bastaba el menor pretexto para saquear, despreciar y perseguir a los judíos, los cuales acumulaban cuantiosos tesoros.

Después de haber atravesado rápidamente al-

gunos senderos solitarios, el peregrino dijo al judío:

—¿Ves aquella añosa encina? Pues allí concluyen las posesiones de “Frente de Buey”, y las de Malvoisin hace tiempo que las dejamos atrás. Isaac, nada debes temer de tus enemigos. Aquí, pues, debemos separarnos.

Al oír esto el judío le rogó que no le abandonara hasta Sheffield, donde su pariente Zareth le podía proporcionar medios para seguir adelante con seguridad.

—Vamos, pues, a Sheffield y allí nos separaremos; dentro de media hora habremos visto sus muros.

Pasó la media hora caminando ambos en silencio y al fin dijo el peregrino:

—Aquí nos separaremos: he ahí Sheffield.

—¡Dejad primero que os dé las gracias! Aunque soy muy pobre, he de hacer algo por vos. Perdonad si me atrevo a pensar que deseáis una cosa más que cualquier otra: esa cosa es una armadura y un caballo de batalla; una y otro puedo proporcionaros.

—Sí, en efecto, lo has adivinado, pero, ¿quién ha podido inspirarte semejante conjetura?

—¡Perdonadme! Pero anoche y esta mañana os he oído ciertas palabras que me han revelado lo que sois. Además debajo de esa esclavina he visto brillar una cadena de oro igual a la que llevan los caballeros. — Y sacando apresuradamente la portátil escribanía, tomó una hoja de papel y escribió algunas líneas. Luego que concluyó, dijo al peregrino entregándole el papel: — Id a la ciudad de Leicéster y presentad esta carta al judío Kirgath Airam de Lombardía. El os proporcionará armadura, caballo y todo lo que podáis necesitar para el torneo de Ashby. Después se lo devolveréis o se lo pagaréis si estáis en estado de hacerlo.

—¡Gracias, Isaac! — dijo el peregrino tomando la carta. — Me serviré de tu oferta y mal han de andar las cosas para que no pueda satisfacerte.

Dicho esto se separaron, y cada uno se dirigió a Sheffield por distinto camino.

VII

LA situación del pueblo de Inglaterra era en aquel tiempo harto desgraciada. Estaba ausente y prisionero el rey Ricardo, y el príncipe Juan "Sin Tierra", su enemigo mortal, procuraba que el duque de Austria prolongase su cautiverio. El carácter de tan mal príncipe era ligero, pérfido y disoluto; por eso se unieron a él todos los que por su conducta temían la vuelta de Ricardo.

Se reunían a estas causas de miedo y desconfianza las partidas de salteadores que habitaban los bosques y una enfermedad contagiosa que se declaró en el país cuyo carácter era en extremo peligroso y maligno.

A pesar de todo, al anuncio de algún torneo, acudían solícitos y alegres pobres y ricos, plebeyos y nobles, jóvenes y ancianos. El paso de armas que iba a celebrarse en Ashby había desper-

tado la general curiosidad por la nombradía de los campeones que iban a tomar parte en él y porque había de autorizarle el príncipe Juan "Sin Tierra". El inmenso concurso había invadido el sitio del combate antes que despuntase el alba.

Era esta una llanura de un cuarto de milla de longitud y medio de latitud, guarnecida de fuertes empalizadas. A los lados Norte y Sur había anchas puertas designadas para entradas de los combatientes y en cada una de ellas heraldos con trompetas para examinar la condición de los caballeros que quisieran justar.

A la entrada del Sur estaban colocados cinco pabellones ocupados por los caballeros mantenedores. El de en medio se había destinado a sir Brian de Bois-Guilbert a quien los demás caballeros habían recibido por su caudillo. A un costado estaban los de Reginaldo "Frente de Buey" y Felipe de Malvoisin; y al otro, el de Hugo de Grantmesnil y el de Ralfo de Vispont. En el lado Norte estaban colocados diversos pabellones; unos para los caballeros que acudiesen a tomar parte en la lid, otros para los que desearan descansar o tomar manjares o refrescos y otros para los herreros y demás artesanos. Había además galerías para las

damas y los nobles, ocupando los espectadores de menor condición las montañas vecinas y las ramas de los árboles.

El último tablado colocado en el centro del pabellón y adornado con las reales armas de Inglaterra, estaba destinado al príncipe Juan y a los caballeros de su comitiva. Frente a él había otro, adornado con los emblemas de Cupido y destinado a la reina de la belleza que había de ser elegida en aquella fiesta.

Poco a poco se llenaron las galerías de nobles caballeros y de elegantes damas.

—¡Perro judío! — dijo un anciano cuyo traje, aunque pobre, indicaba la jerarquía de caballero.

—¿Te atreves a tocar a un cristiano hidalgo?

Este discurso iba dirigido a nuestro amigo Isaac de York, el cual, vestido con una gabardina forrada de magníficas pieles, procuraba adquirir dos asientos en primera línea, para él y para su hija, la hermosa Rebeca.

En ese momento entró el príncipe rodeado de todos sus cortesanos y de algunos eclesiásticos, entre los cuales se distinguía el prior de Jorvaulx.

Seguido de su brillante acompañamiento, vestido de seda y oro y con un halcón en la mano, reco-

rría el circo el Príncipe haciendo caracolear su caballo, cuando le llamó la atención el alboroto suscitado por el empeño del judío, que a toda costa deseaba obtener dos asientos delanteros. El príncipe conoció inmediatamente a Isaac, aunque se fijó con más gusto en la hermosa Rebeca, que magníficamente ataviada al uso oriental y adornada con joyas de incalculable valor suscitaba la admiración de cuantos la veían.

—Isaac — dijo el príncipe, — ¿quién es esa joven? ¿Es tu hermana, tu mujer o... alguna de las "huríes"?

—Es mi hija Rebeca — contestó el judío haciendo una reverencia.

—¡Mejor para ti! — dijo el príncipe con una carcajada que imitaron sus cortesanos. — ¡Pero hija, mujer o lo que sea, obtendrá un lugar cual corresponde a su mérito y hermosura! — Y fijando la vista en una galería, ordenó a los que la ocupaban que dejaran el sitio al príncipe de los usureros y a su hermosa hija.

Esta galería estaba ocupada por la familia de Cedric "el Sajón" y su fiel aliado Athelstane de Conningsburgh, personaje venerado por todos los sajones, por descender del último monarca de la

raza que ocupó el trono de la nación inglesa; era de agradable aspecto, membrudo y fuerte y estaba en la flor de sus años; pero tenía una mirada fría, una fisonomía sin expresión y sus movimientos eran lentos y flojos, por lo que se le llamaba "Desapercibido".

A este personaje tan respetado por los sajones se dirigió principalmente el mandato de Juan "Sin Tierra". Athelstane al oír sus palabras se mantuvo inmóvil y fijó sus grandes y espantados ojos en el Príncipe. Este, al ver que no le hacía caso, ordenó a Mauricio de Bracy, jefe de una compañía de soldados, que le punzara con su lanza. Iba éste a cumplir la orden, cuando Cedric, desnudando la espada con la rapidez del relámpago separó, de un solo golpe, el hierro del asta.

El rostro del Príncipe se inflamó de cólera; echó varios juramentos y hubiera dado más pruebas de su enojo, si sus cortesanos no le hubieran disuadido ante la universal aclamación que excitó en el concurso la brillante acción de Cedric.

El Príncipe recorrió con su irritada vista toda la plaza, buscando en quién desahogar su cólera, cuando se fijó en un hombre con un arco en la mano y doce dardos pendientes del cinturón, el

cual aplaudía y gritaba con todas las fuerzas de sus pulmones.

—¿Qué significan esas aclamaciones? — le dijo el Príncipe lleno de ira.

—Yo aplaudo cuando veo un golpe de destreza o cuando una flecha atraviesa el blanco.

—¡Apuesto que eres un diestro tirador!

—¡A cualquier distancia!

El Príncipe aún más irritado mandó a un hombre de armas que no perdiese de vista al arquero. En seguida dirigiéndose al sitio en que se hallaba Cedric, les ordenó que se levantaran para que se sentara entre ellos el judío al que mandó subir a la galería amenazándole con desollarle si no le obedecía.

El judío, sumiso, empezó a subir la estrecha escalera.

—¡Veremos si hay quién se atreva a detenerlo! — dijo el Príncipe fijando la vista en Cedric que se disponía a cerrarle el paso.

Pero Wamba evitó el conflicto interponiéndose entre el judío y Cedric.

—¡Yo me atrevo! — dijo y agitando su espadón de madera le presentó un semipernil a guisa de broquel.

El judío retrocedió y comenzó a bajar las escaleras entre las carcajadas de los espectadores y aun del Príncipe y sus cortesanos.

—¡Dame el laurel de la victoria, primo Juan!
— dijo el bufón.

—Vamos — dijo el Príncipe, celebrando encontrar un pretexto para revocar su primera orden.
— ¡Haced sitio al judío en la galería inferior! ¡No sería justo colocar al vencido al lado del vencedor!
— e inclinándose alargó la mano y arrebató de las suyas el bolsón al atónito Isaac. Sacó unas piezas de oro, se las alargó a Wamba y siguió su paseo alrededor del palenque.

VIII

EL príncipe Juan refrenó repentinamente su palafrén y llamando al prior de Jorvaulx le dijo:

—¡Por la Virgen María, señor Prior, que hemos olvidado nombrar la reina de la hermosura, por cuyas blancas manos han de ser distribuídos los laureles de la victoria! — Y le manifestó su deseo de que fuera elegida la linda Rebeca.

El Prior y los caballeros de la comitiva del Príncipe, le hicieron ver lo descabellado de su proyecto y la irritación que había de producir entre los caballeros que habían de tomar parte en el combate y aun entre el público, proponiendo De Bracy que fuese el vencedor quien eligiese a la bella que había de ocupar el trono. Aceptó esta idea el Príncipe y ocupó su trono rodeado de sus cortesanos, ordenando a los heraldos que publi-

casen las leyes del torneo, que eran las siguientes:

Primera. Los cinco caballeros mantenedores debían aceptar el combate con todos los caballeros que se presentaran.

Segunda. Todo caballero tendría derecho a elegir un antagonista para lo cual bastaría tocar su escudo. Si le tocase con el cuento, extremo interior de la lanza, el combate sería de "armas corteses"; pero si tocase con el hierro, el combate sería a muerte.

Tercera. Cuando los caballeros hubieran roto cinco lanzas cada uno, el Príncipe declararía el vencedor del primer día, quien recibiría en premio un magnífico caballo y tendría el derecho de elegir la reina de la belleza y de los amores a la cual correspondía dar el premio el segundo día.

Cuarta. El segundo día habría un torneo general en el que podrían tomar parte todos los caballeros que gustasen; pero serían distribuidos en dos partes iguales, las cuales combatirían hasta que el Príncipe arrojase a la palestra su bastón de mando. Entonces la reina de la belleza coronaría al vencedor.

Los juegos del tercer día debían consistir en co-

rridas de toros, tiro de arco al blanco y otras diversiones propias del vulgo.

Los heraldos terminaron su proclamación con los acostumbrados gritos: "¡Generosidad, generosidad, valientes caballeros!". Y en el momento se desprendió de todas las galerías una copiosa lluvia de monedas de oro y plata.

A tal liberalidad contestaron los heraldos: — "¡Amor a las damas, honor a los generosos, y gloria a los valientes!". Luego salieron de la liza los heraldos y permanecieron en ella los maestros de campo, armados de punta en blanco.

A este tiempo ya estaban colocados en el lado del Norte muchos caballeros deseosos de medir sus armas con los mantenedores.

Al final se abrieron las vallas y entraron en la liza cinco caballeros, magníficamente armados. Cuando llegaron al sitio de combate fueron cada uno hacia los escudos de los mantenedores tocando en ellos con el cuento de la lanza. A poco rato salieron de sus tiendas los mantenedores, a caballo, capitaneados por Bois-Guilbert, colocándose cada uno delante del caballero que había tocado su escudo.

Al sonido de las trompetas y clarines partieron

al galope tendido unos contra otros, rodando al primer encuentro por la arena los contrarios de los mantenedores. El triunfo de éstos fué proclamado por los heraldos entre los gritos de los espectadores.

Otras dos cuadrillas pidieron sucesivamente campo, siendo también vencidas por los mantenedores. Estas victorias arredraron a los demás campeones y sólo se presentaron tres que obtuvieron igual resultado.

Iba ya el Príncipe Juan a adjudicar el premio a Brian de Bois-Guilbert, cuando un solo clarín contestó la llamada de desafío. Se abrieron las barreras y entró en la palestra un guerrero, vestido con una magnífica armadura y llevando en su escudo por divisa una encina desarraigada, con un mote que decía: "Desheredado". Montaba un hermoso y fuerte caballo negro que manejaba con gran destreza. Dió la vuelta al circo saludando al Príncipe y a las damas con la mayor gracia, se dirigió al pabellón del centro e hirió con la punta de la lanza el escudo del caballero Brian de Bois-Guilbert; esto indicaba que el combate debía ser a muerte.

El templario, frenético de cólera, empezó a pre-



Se oyó el canto de guerra de los clarines y los caballeros partieron con la rapidez del relámpago.

pararse para el combate mudando de caballo y de escudo.

Luego que estuvieron frente a frente ambos caballeros, se oyó el canto de guerra de los clarines y los caballeros partieron con la rapidez del relámpago, encontrándose en el centro de la palestra con tal horroroso golpe que las lanzas volaron por los aires en menudas piezas y los jinetes tuvieron que hacer un esfuerzo para hacer que sus corceles se recobraran. Los dos rivales volvieron a sus puestos y al sonar por segunda vez el toque de ataque se volvieron a encontrar en el centro de la palestra con la misma velocidad y destreza pero con diverso resultado.

En este segundo choque el templario dirigió su lanza al centro del broquel del "Desheredado" con tal fuerza que salió pulverizada. También el campeón desconocido asestó su golpe al escudo del templario, mas cambiando repentinamente de dirección la dirigió al yelmo, punto que inutilizaba al contrario con la fuerza de su empuje. Caballo y caballero rodearon por tierra, pero éste, poniéndose rápidamente en pie, sacó su espada amenazando con ella a su contrario. El caballero "Desheredado" echó pie a tierra y desenvainó su ace-

ro, pero los maestros de campo se interpusieron recordándoles las leyes del torneo y obligándoles a separarse.

El "Desheredado" fué a ocupar su puesto y Bois-Guilbert se retiró a su tienda presa de la más atroz desesperación.

El vencedor mandó tocar una llamada de desafío manifestando que su intención era justar con todos los mantenedores.

"Frente de Buey" salió el primero a la palestra y el "Desheredado" obtuvo sobre él una ventaja ligera, pero decisiva; los dos quebraron lanzas con gallardía y acierto, pero "Frente de Buey" fué declarado vencido por haber perdido un estribo en uno de los encuentros.

Uno a uno fueron saliendo a la palestra los otros tres caballeros mantenedores, siendo también vencidos por el caballero "Desheredado". Este fué nombrado vencedor entre las entusiastas aclamaciones del público.

IX

LOS maestros de campo Guillermo de Wyvil y Esteban de Martival, pasaron a felicitar al caballero "Desheredado", rogándole que les permitiese desabrocharle el yelmo o al menos alzarle la visera para ser conducido a recibir de la mano del Príncipe Juan el premio del torneo. El vencedor rehusó ambas cosas manifestando su deseo de guardar el incógnito. Pasaron los maestros a comunicar al Príncipe el deseo del vencedor y tanto él como los caballeros de su corte se manifestaron vivamente intrigados haciendo conjeturas sobre quién podía ser tal caballero. Algunos manifestaron sus sospechas de que pudiera ser alguno de los caballeros que acompañaron al rey Ricardo a Tierra Santa y que ya iban regresando a Inglaterra o quizá el mismo "Corazón de León".

Ante esta sola sospecha el Príncipe se puso pá-

lido y tembloroso y aún no había logrado reponerse cuando llegó el caballero conducido por los maestros de campo. Después de alabar con breves palabras su valor mandó que le entregasen el caballo que servía de galardón. Dos escuderos condujeron un magnífico caballo cubierto con un suntuosísimo arnés militar y el "Desheredado" poniendo la mano sobre el arzón delantero saltó sobre la silla sin servirse del estribo y corriendo dos veces el círculo que formaba la palestra hizo lucir la hermosura y el vigor del corcel entre los aplausos de la muchedumbre.

Al pasar ante el Príncipe, éste le hizo una seña para que parase y le dijo:

—Señor caballero "Desheredado", una prerrogativa de vuestro triunfo es la de elegir la bella dama que debe presidir la fiesta de mañana como reina del amor y de la belleza. Y le indicó que lady Alicia, la hija del caballero Waldemar Fitzurse, era la belleza que ocupaba el primer puesto, en la corte. No obstante esta advertencia, sería admitida la que él eligiese.

El caballero levantó su lanza y el Príncipe colocó en la punta una elegante diadema de oro.

El valiente campeón pasó por delante de lady

Alicia y las demás ladies que adornaban las galerías hasta que por fin, detuvo su caballo delante del balcón donde se hallaba lady Rowena y adelantándose, respetuosa y lentamente, colocó la corona a sus pies. Al momento resonaron los clarines y los heraldos proclamaron a la hermosa sajona reina de los amores y de la hermosura. En seguida exclamaron: "¡Generosidad, generosidad, valientes caballeros!" Cedric fué el primero que, lleno de orgullo y satisfacción, derramó profusamente el oro y la plata.

El público aclamó a lady Rowena, legítima reina del amor y de la belleza y el Príncipe tuvo que confirmar el nombramiento del vencedor. En seguida montó en un soberbio caballo y acompañado de su comitiva entró en el palenque. De un salto se colocó en la galería que ocupaba lady Rowena diciéndole:

—Recibid, hermosa señora, el emblema de vuestra soberanía que nadie con más sinceridad que yo reverencia y acata. — Y la invitó a asistir al banquete que se celebraría en el palacio de Ashby en compañía de su padre y amigo.

Rowena nada contestó; mas Cedric le dijo en sajón que lady Rowena no conocía otro idioma

que el de sus padres, así como él y su amigo Athelstane, por lo cual no podían aceptar su favor. No obstante lady Rowena ocuparía al día siguiente el puesto que le confería la elección del caballero vencedor. Dicho esto levantó la diadema y la colocó en las sienes de la bella sajona.

—¡Está bien! — dijo el Príncipe. — Y vos, señor caballero, ¿tendréis la bondad de acompañarme a la mesa?

El caballero “Desheredado” se excusó alegando mucha fatiga y que deseaba descansar para hallarse dispuesto al combate del siguiente día.

—Como gustéis — respondió el Príncipe con visible enojo, y montando a caballo emprendió con su comitiva el camino del palacio de Ashby.

El caballero vencedor deseoso de evitar las miradas del público que de todas partes le prodigaba merecidos aplausos, entró en uno de los pabellones, cuyo uso le había sido ofrecido por los maestros de campo.

Al extraordinario alboroto ocasionado por tanta diversidad de gente reunida en un punto, sucedió un confuso murmullo de las familias y amigos que reunidos se alejaban por todos los caminos y después un sepulcral silencio sólo interrumpido

pido por los operarios que recogían las alfombras y los almohadones de las galerías.

A cierta distancia se habían erigido algunas fraguas para reparar las armaduras y un destacamento de hombres de armas se mantuvo toda la noche custodiando el lugar del combate.

X

UNA vez dentro de su tienda el caballero "Desheredado", empezó a aligerarse de las duras piezas que vestía, ayudado por su escudero que parecía tan incógnito como su amo, puesto que vestido con una grotesca túnica, ocultaba el rostro con un gran gorro de pieles a la normanda. Luego tomó algunos manjares y vinos de que tenía no poca necesidad.

Aún no había acabado de comer cuando el escudero le dijo que cinco hombres pedían permiso para hablarle.

El caballero se cubrió el rostro con la capucha y mandó que pasaran. En el momento que los vió conoció que eran los escuderos de los caballeros mantenedores. Cada uno de ellos conducía por la brida un caballo y sobre él la armadura de su señor.

Habló el primero el escudero de Bois-Guilbert para decir que venía a presentar el caballo y la armadura de que se había servido su señor y a fijar el precio del rescate, con arreglo a lo que disponía la ley de armas. Los otros cuatro repitieron el mismo mensaje.

—A vosotros cuatro os daré la misma respuesta — contestó el caballero. — Decid a vuestros señores que les devuelvo armas y caballos, pero como soy un caballero desheredado, les suplico que los rescaten.

—Estamos autorizados, — dijo el escudero de “Frente de Buey” — para ofrecer cada uno cien cequíes.

—La mitad me basta. Dividid la otra mitad en partes iguales: una para vosotros y otra para los heraldos y músicos.

Los escuderos dieron las gracias y en seguida el “Desheredado” dijo al escudero de Bois-Guilbert.

—No acepto armas ni rescate de vuestro amo. Nuestro combate no está terminado ni puede estarlo mientras que no hayamos combatido a muerte, ya que le considero mi mortal enemigo.

El escudero hizo una reverencia y se retiró con sus compañeros.

—Y bien, Gurth — dijo el caballero —; ya ves que he sustentado la gloria de los caballeros ingleses.

—Y yo — replicó Gurth, — ¿no he desempeñado perfectamente el papel de escudero normando?

—Muy bien; pero ahora toma este talego, marcha a Ashby, averigua donde vive Isaac de York, entrégale el caballo que me prestó y págale el precio de la armadura.

Gurth salió, dirigiéndose con toda diligencia a Ashby.

En una casa de campo inmediata a Ashby, se encontraban Isaac y su hija Rebeca en un cuarto magníficamente amueblado al gusto oriental. Isaac, paseándose por la sala con aire abatido, se lamentaba del robo de que le había hecho víctima el Príncipe Juan. Rebeca le consolaba con sus mejores razones.

Acababa de anoecer cuando un criado judío anunció que un nazareno quería hablarle.

Apenas había tenido tiempo Rebeca de cubrirse el rostro con el velo de gasa de plata, cuando entró Gurth embozado en su gran capa normanda

y dirigiéndose a Isaac le dijo que venía a devolverle el caballo y a pagarle la armadura de parte del caballero "Desheredado".

Después de alguna discusión, convinieron en que el precio de la armadura era de ochenta cequíes que Gurth depositó sobre la mesa, dándole el judío el recibo correspondiente. Gurth, después de apurar una copa de vino que Isaac le ofreció salió apresuradamente.

Mientras tanto, Rebeca había desaparecido de la habitación. Bajó Gurth la escalera y al llegar a una antecámara vió a una mujer que le hacía señas para que la siguiese, y, después de un momento de duda entró tras de ella en un cuarto donde estaba Rebeca.

—Mi padre — le dijo — ha querido chancearse contigo. Debe a tu amo diez veces más que el precio de su armadura. ¿Cuánto dinero le has dado?

—Ochenta cequíes — respondió Gurth.

—Ciento contiene este bolsillo — replicó Rebeca. — Tómalo, vuelve a tu amo lo que le corresponde y guarda para ti lo sobrante. Y mandando a un criado que le acompañase, despidió al asombrado Gurth que no sabía explicarse lo que le sucedía.

XI

DESPUES de haber atravesado la ciudad de Ashby, siguió Gurth un escabroso camino abierto entre dos alturas cubiertas de avellanos, robles y bojés, que mezclaban sus ramas, ofuscando la poca claridad que podía dar la luna.

Apresuraba el paso todo lo que podía para llegar al llano, cuando en el paraje donde el bosque era más espeso avanzaron hacia él cuatro hombres, dos a cada lado del camino, y le sujetaron de tal modo que era imposible toda resistencia.

—¡La bolsa! — le dijo uno de ellos. Y como Gurth intentase defenderse, ordenó a sus compañeros que lo llevasen a lo intrincado del bosque.

Hicieron alto en lo más espeso uniéndose a los cuatro bandidos otros dos enmascarados.

—¿Cuánto dinero tienes? — preguntó uno de ellos.

—Treinta cequíes me pertenecen — contestó con mucha resolución.

—El talego que tienes debajo del capote tiene más de los que dices.

—Pertenece a mi amo el caballero “Desheredado” cuya valiente lanza ha ganado hoy el premio.

—Y bien, ¿cuánto dinero tiene el talego? Que enciendan una tea — dijo el jefe —; quiero reconocer esta bolsa.

Se encendió la tea y en tanto que el jefe desataba la bolsa, los otros le rodearon. Gurth aprovechó el descuido para recobrar la libertad y arrancando a un bandido un garrote lo descargó sobre el jefe, al cual se le cayó la bolsa y cuando Gurth iba a cogerla le oprimieron y sujetaron más que antes.

—¡Necio! — contestó el jefe. — Si hubieras dado con otro ya estaría castigada tu insolencia. Pero vamos a tratar de tu amo. Camaradas — dijo, — no debemos de exigir el oro de su amo porque tiene bastante semejanza con nosotros. ¿No es pobre y desheredado como nosotros? ¿No ha batido a “Frente de Buey” y a Malvoisin como hubiéramos hecho nosotros? ¿Y no es enemigo mortal de Brian de Bois-Guilbert como somos nosotros?

—Pero — replicó un bandido — ¿se irá este insolente paisano sin que le háyamos siquiera arañado?

—Eso depende de ti — contestó el jefe; y después de preguntar a Gurth si sabía manejar un palo, ordenó que le dejaran libre y que entregasen a cada uno un garrote dando la señal de empezar el combate.

Los dos combatientes, armados cada uno con un palo igual se atacaron con igual valor, fuerza y pericia. Durante mucho tiempo no se apreció ventaja alguna por una parte ni por otra, lo que empezó a irritar al bandido. Gurth, que poseía un carácter firme y resuelto, se aprovechó de esto para tirarle un golpe con la mano derecha hacia la cabeza y mientras el otro quiso pararle agarrando su rejón velozmente con la otra mano, le dirigió un golpe tan terrible por el costado derecho que le echó a tierra.

—¡Victoria! ¡Victoria! — gritaron los bandidos.

El jefe unió su aclamación a la de los otros y entregándole su talego le despidió haciéndole que le acompañaran dos de sus hombres.

Los guías acompañaron a Gurth hasta una pequeña altura desde la que se divisaba el lugar del

torneo. Allí se despidieron volviéndose los bandidos por el mismo camino que habían llevado mientras Gurth se dirigía a la tienda de su amo al cual refirió su aventura.

El caballero "Desheredado" se sorprendió tanto de la generosidad de Rebeca como de la de los bandidos, pero teniendo necesidad de reponer fuerzas para la mañana siguiente, se echó sobre la cama mientras Gurth se tendió en el suelo cubierto con una piel de oso, colocado al través de la tienda de manera que nadie pudiera entrar sin despertarle.

XII

AMANECIO el día plácido y sereno y los espectadores se apresuraron a buscar los mejores sitios. Los mariscales acompañados por los heraldos, se presentaron para anotar el nombre de los caballeros y el bando en el cual querían combatir. Fué elegido para mandar uno de ellos el caballero "Desheredado" y para el otro Brian de Bois-Guilbert.

A las dos estaba ya el campo del torneo cubierto de espectadores y luego se oyó el ruido de trompetas que anunciaba la llegada del Príncipe Juan y su comitiva.

Llegó al momento Cedric "el Sajón" con lady Rowena, sin la compañía de Athelstane, el cual se vistió una armadura y, a pesar de las reflexiones de Cedric, se colocó al lado del caballero del Temple. Athelstane tenía una razón para esto: consi-

deraba su enlace con lady Rowena como un negocio irrevocablemente decidido y quería castigar al "Desheredado" por haber distinguido a la dama cuya mano ambicionaba.

Bracy y los otros caballeros de la comitiva del Príncipe se habían inscripto en el bando contrario obedeciendo las órdenes de éste.

Inmediatamente el Príncipe Juan se dirigió al encuentro de lady Rowena conduciéndola al sitio de honor que le estaba destinado.

Los heraldos proclamaron las leyes del torneo, según las cuales podía un caballero servirse si quería de maza o de hacha de armas, pero nunca de daga o puñal. El combate cesaría cuando el Príncipe tirase a la liza su bastón de mando. Concluída la publicación de estas leyes, los heraldos se retiraron y los caballeros de cada bando se adelantaron al paso, estando el jefe en el centro de la primera fila.

Uno de los mariscales del torneo gritó fuertemente: "¡Partid!". Y los caballeros de las primeras filas, lanza en ristre, se lanzaron al galope unos contra otros. Fué tan terrible el choque que de cada bando quedaron desarmados la mitad de los caballeros. Los que habían sostenido el choque sin

perder la silla, tiraron de la espada y se atacaron furiosamente. Al mismo tiempo salió de cada bando la segunda fila y se arrojó en medio de la pelea.

La victoria estaba indecisa, no siendo posible presagiar cuál de los partidos obtendría el laurel. Los jefes de cada bando ostentaban el más alto valor y, cuando se vieron frente a frente se atacaron con gran furia. En aquel momento la tropa del caballero "Desheredado" llevaba la peor parte, porque el brazo gigantesco de "Frente de Buey" y la fuerza prodigiosa de Athelstane habían derribado a cuantos se pusieron a su alcance; y viéndose libres de sus adversarios se unieron al templario para acabar con su rival. Este, manejando diestramente su corcel, consiguió hacerse respetar por sus tres enemigos descargando sobre ellos una lluvia de estocadas y golpes.

Extremos tales de valor y destreza arrancaban aplausos unánimes de los espectadores que no podían librar al héroe del peligro de ser vencido o muerto.

Se hallaba en la tropa del caballero "Desheredado" un guerrero vestido con armadura negra, sin divisa en el escudo, que no había dado mues-

tras de tener interés en el combate, haciendo el papel de espectador más bien que de mantenedor por lo que le nombraban el caballero "Ocioso"; pero cuando vió al jefe de su partido en situación tan crítica partió como un rayo en su socorro y atacando a "Frente de Buey" le hizo rodar por tierra. Revolvió el caballero "Ocioso" sobre Athelstane de Conningsburgh tirándole un golpe tan terrible que cayó al lado de su compañero. Después se retiró a la extremidad de la arena, dejando a su jefe medir sus fuerzas con Brian de Bois-Guilbert.

No duró mucho este combate porque el caballo del templario estaba herido y cayó al primer golpe arrastrando con él a su jinete. Su adversario saltó a tierra intimándole la rendición y en aquel momento el Príncipe Juan tiró el bastón de mando a la arena, poniendo fin al combate.

Había que nombrar al caballero merecedor de los honores del triunfo y el Príncipe decidió que este honor pertenecía al caballero "Negro Ocioso". Las trompetas le llamaron, pero no se presentó porque inmediatamente que se retiró de la arena se había dirigido hacia el bosque. Fué preciso nombrar otro y el Príncipe Juan se vió obli-

gado a reconocer el derecho del caballero "Desheredado", el cual fué proclamado vencedor.

Los heraldos le condujeron al pie del trono que ocupaba lady Rowena y al ir ésta a colocar la corona en el casco del vencedor los heraldos gritaron: ¡No, no; que se descubra! Y al decir esto los mariscales de campo le quitaron el casco descubriendo su joven y pálida fisonomía.

Apenas le reconoció lady Rowena, ahogó un grito, pero recobrándose puso sobre su cabeza la corona. El caballero inclinó la cabeza y cayó sin sentido a los pies de lady Rowena.

Cedric, a la vista de su hijo se dirigió a él con precipitación, pero los mariscales del torneo se adelantaron apresurándose a desarmarle. El nombre de Ivanhoe voló de boca en boca hasta los oídos del Príncipe. Este había enviado a un senescal a invitar a lady Rowena a toda su casa al banquete que se había de celebrar e iba a dar la orden de marchar cuando un criado puso en sus manos un billete. Lo abrió precipitadamente y leyó estas palabras: "Vivid con cuidado porque el diablo anda suelto". Pálido como la muerte, llamó a Waldemar Fitzurse y a Bracy y les comu-

nicó el contenido del billete, diciéndoles que la letra y el sello eran del rey de Francia.

—Es preciso y urgente — dijo Fitzurse, — reunir a nuestros partidarios. Y acordaron celebrar en seguida la pelea de arqueros para no disgustar al pueblo.

Se dieron las órdenes, sonaron luego las trompetas e inmediatamente se presentaron más de treinta aldeanos para disputar el premio. Después de examinarlos, el Príncipe recorrió con la vista todo el contorno, buscando al que le había hablado la víspera con tanta frescura. Al fin le vió y le preguntó su nombre y el motivo que le impedía medir su habilidad con los concursantes.

El arquero respondió que su nombre era Locksley y que no tomaba parte porque no sería del agrado del Príncipe ver ganar un premio a cualquiera que hubiera incurrido en su desgracia. El Príncipe le replicó que tiraría después de los arqueros y que si se resistía se le rompería el arco y las flechas y sería echado del campo como un cobarde.

Los arqueros hicieron sus pruebas distinguiéndose entre todos Hubert, guardabosque de Malvoisin, el cual fué proclamado vencedor.

—Y bien, Lockley — dijo el príncipe al arquero,
— ¿te atreves a competir con Hubert?

—Ya que no hay otro remedio tentaré fortuna.

Se cambió el escudo que servía de blanco y Hubert disparó su flecha clavándola casi en medio del escudo.

Después disparó Locksley y su flecha se clavó dos pulgadas más inmediata al centro a la de Hubert. Este volvió a disparar y clavó su flecha en medio del blanco. Entonces Locksley disparó la suya y partió en mil pedazos la de Hubert. Después cortó una rama de sauce y clavándola en el extremo de la avenida, tiró la flecha y hendió la rama arrancando de los espectadores tales aclamaciones, que el Príncipe tuvo que reconocer su habilidad.

Hizo entrega del premio a Locksley, el cual lo cedió a Hubert y montando en su caballo, marchó por el camino de Ashby seguido por un gran número de caballeros.

XIII

EL convite que anunció el Príncipe se celebró en el castillo de Ashby. Estaban invitadas a él no sólo familias normandas de las cercanías, sino otras muchas de la raza sajona y danesa que gozaban de gran consideración en el país.

El Príncipe recibió a Cedric y Athelstane con mucha consideración y cortesía manifestando su disgusto cuando Cedric le dijo que la indisposición de lady Rowena no le permitía asistir a la fiesta.

Se colocaron todos los convidados en una mesa rica y abundantemente preparada, en la que los cocineros del Príncipe habían desplegado todo su arte y su talento. Las pastas y las gelatinas deleitaban la vista y los vinos más exquisitos coronaban la magnificencia del festín.

Terminado el banquete empezaron los convi-

dados a hablar del torneo, del vencedor del combate de arco, del caballero "Negro" y en fin, del valiente Ivanhoe. El Príncipe Juan se levantó de repente y llenando su copa dijo:

—¡Brindemos a la salud de Wilfrido de Ivanhoe! ¡Todo el mundo tome interés en su salud, especialmente Cedric de Rotherdam, su digno padre!

—¡No, Príncipe! — exclamó Cedric. Yo no doy el nombre de hijo al que desprecia mis órdenes y rehusa las costumbres y usos de sus padres. Sabed que Ivanhoe abandonó mi casa, para ir a la de vuestro hermano.

—Y mi hermano sin duda — dijo el Príncipe — se habrá propuesto donar a su favorito el rico dominio de Ivanhoe.

—Se le ha concedido efectivamente — respondió Cedric — y esa es una de las mayores quejas que tengo contra él, porque se ha humillado a recibir como vasallo lo que por derecho le corresponde.

—Entonces no llevaréis a mal, noble Cedric — dijo el Príncipe, — que concedamos ese feudo a sir Reginaldo "Frente de Buey" que no se creerá

humillado por ello ni se la dejará arrebatarse por ninguno.

—¡Por San Antonio! — dijo éste. — Consiento que se me tenga por sajón si alguien me arrebatara vuestro presente.

—Cualquiera que os llame sajón — dijo Cedric ofendido — os haría un favor tan grande como inmerecido.

Iba a responder “Frente de Buey” cuando el Príncipe cortó el lance con una serie de burlas referentes al valor y nobleza de los sajones, así como a sus anticuados vestidos y costumbres. Los cortesanos seguían el ejemplo del Príncipe hasta que Cedric con el rostro encendido por la cólera, dijo:

—Sean los que quieran los defectos y vicios de nuestra raza, hubiera sido altamente menospreciado el sajón que en su casa y a su mesa hubiese insultado a un huésped; y algunos de los presentes debían enmudecer, porque hace poco, que la lanza de un sajón les ha hecho perder la silla y los estribos.

El Príncipe se levantó y brindó a la salud de Cedric y después a la de Athelstane entre los pérfidos aplausos de los cortesanos. Después, di-

rigiéndose a Cedric le dijo que nombrase al normando que menos le repugnase, ahogando la aversión que le tuviese en la copa de vino. Entonces “el Sajón levantándose y llenando la copa dijo: ¡Caballeros, a la salud de Ricardo, “Corazón de León”!

Y volviéndose a su compañero le dijo:

—¡Vámonos, Athelstane! — y salieron de la sala seguidos por otros sajones ofendidos también por los sarcasmos del Príncipe y sus cortesanos.

XIV

WALDEMAR Fitzurse tuvo que hacer un penoso esfuerzo para conseguir reunir a los partidarios del Príncipe Juan. Les hablaba de la vuelta de Ricardo como de un suceso fuera de la probabilidad y les dijo que no debía variarse el cálculo político porque si volvía, sería para enriquecer a sus cruzados y para castigar a los templarios y hospitalarios que habían sido amigos del Príncipe Juan.

Empezaba a anochecer cuando Fitzurse llegaba al castillo de Ashby; y encontrando a Bracy disfrazado en traje de arquero, le preguntó qué significaba aquel disfraz.

—Voy — contestó — a proporcionarme una esposa. Con este disfraz caeré sobre los sajones y robaré a la hermosa lady Rowena, la llevaré al castillo de “Frente de Buey” o a Normandía,

y no volverá al seno de su familia sino después que sea esposa de Mauricio de Bracy.

Waldemar Fitzurse trató de disuadirlo haciéndole ver el peligro que corría al atacar a los sajones y lo mal elegido del momento, ya que era necesario estar preparados para el caso de que regresara el Rey Ricardo.

—Es negocio de pocas horas, Fitzurse. Pasado mañana me veréis en York a la cabeza de mi compañía. ¡Adiós que me aguardan mis camaradas!

El político Fitzurse quedó sumido en graves meditaciones que fueron interrumpidas por la voz del Príncipe. El presunto canciller de Inglaterra acudió presuroso a recibir las órdenes de su señor.

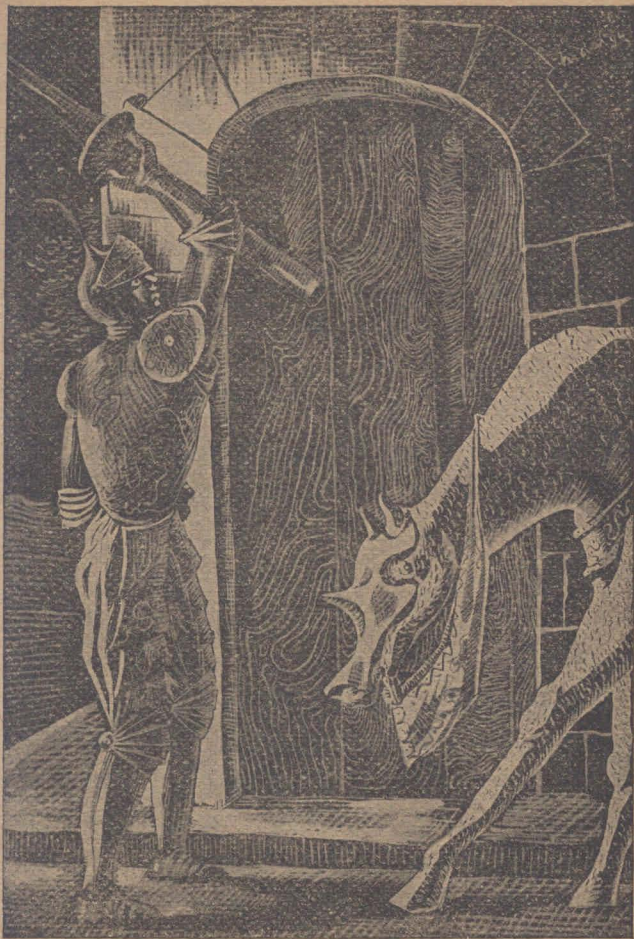
Mientras tanto, el caballero "Ocioso", que había salido tan rápidamente del campo del torneo, se había internado por los bosques evitando los caminos frecuentados. Pasó la noche en una venta y a la mañana siguiente salió temprano con ánimo de hacer una larga jornada. Sin embargo, no pudo realizar su deseo, por haberse extraviado en la selva y, llegada la noche, fué preciso buscar albergue.

XV

EL sol acaba de ocultarse y en aquellas circunstancias, cada paso que diera el caballero podía extraviarle más. En vano procuró orientarse en aquella espesura y viendo que nada conseguía, resolvió entregarse al instinto de su caballo. Este tomó al principio una dirección contraria a la que el jinete había seguido hasta entonces y a poco llegaron ante una tosca y grosera cabaña cuya entrada estaba adornada por una rústica cruz. A poca distancia de la cabaña se veía salir de la roca un manantial de agua cristalina.

Alzábanse junto a la fuente las ruinas de una humilde capilla.

El caballero "Ocioso" bajó del caballo y llamó a la puerta de la ermita con el regatón de la lanza. Algún tiempo estuvo sin oír respuesta al-



Llamó a la puerta de la ermita con el regatón de la lanza.

guna y al cabo oyó una voz que le rogaba que no le molestase y que siguiese su camino. El caballero insistió pidiéndole que abriese la puerta y, al cabo, impacientándose, amenazó con echarla al suelo.

El ermitaño amenazó al caballero, si seguía insistiendo, y éste, lleno de mal humor, dió una terrible patada a la puerta haciendo temblar todo el edificio. El anacoreta no quiso exponerse a otro ataque. Abrióse la puerta y se presentó un hombre fuerte, robusto, con su túnica y su capucha, un cinto de cuerda, una tea encendida en una mano y en la otra un cayado, que invitó al caballero a entrar en su choza, alegando como excusa la multitud de bandidos y foragidos que andaban por aquellos alrededores.

Entraron y después de haber avivado el fuego se sentaron mirándose con gravedad. El caballero interrumpió el silencio preguntando al ermitaño dónde colocaría el caballo, qué le daría de cenar y dónde descansaría.

El ermitaño señaló con los dedos a los dos rincones de la pieza. — Aquel es tu establo — dijo; esta es tu cama y esta tu cena.

La última se reducía a un puñado de alubias secas.

El caballero se encogió de hombros y entrando su caballo, lo desaparejó con el mayor esmero y lo cubrió con una capa. El anacoreta entonces, dijo algo acerca de un pienso que se había dejado el guardabosque, sacó un copioso haz de heno que extendió bajo el caballo y otro más fresco con bastante grano.

El caballero dió las gracias y volvió a ocupar su puesto. En seguida se quitó el yelmo, el peto y otras piezas de la armadura, dejando descubierta una cabeza de facciones expresivas, ojos azules, boca bien formada y espesos bigotes. Al ver esto el ermitaño se bajó la capucha y descubrió unas facciones que no indicaban la austeridad monástica, antes al contrario, daban a entender que gustaba más de lomos y torreznos que de raíces y alubias. Después de masticar difícilmente algunas de éstas, el caballero pidió al solitario alguna bebida, a lo que respondió colocando sobre la mesa un jarro de agua que le invitó a probar diciendo que era del pozo de San Dustán.

El caballero bebió y le manifestó su admiración por lo maravillosamente que le sentaba el

agua y los frugales bocados, preguntándole después su nombre.

—Puedes darme — dijo — el de ermitaño de Copmanhurst. Y ahora quisiera yo saber cómo se llama mi noble huésped.

—Por ahí me conocen con el nombre de caballero “Negro”, al que algunos añaden el de “Ocioso”.

—Ya veo — dijo el ermitaño — que eres hombre acostumbrado a los palacios y finuras de las ciudades. Ahora recuerdo que el guardabosque dejó también alguna vianda y levantándose sacó de un escondite un pastel colocado en una gran fuente, que puso delante del caballero. Este clavó en él su cuchillo y rogó al ermitaño que le acompañase.

Accedió y sentándose frente al caballero, clavó inmediatamente los dedos en el pastel, estableciéndose entre los dos una competencia para dar fin con él.

—Santo varón — dijo el caballero cuando hubo saciado su apetito, — apuesto a que el guardabosque dejó también algún pellejo de vino. — El ermitaño respondió con un gruñido y sacó una bota de cuero poniendo en la mesa dos grandes

copas de cuerno. Las llenó y brindando a la salud de su huésped vació la suya de un sorbo.

—¡A la tuya! — respondió el caballero y le pidió que sacase un arpa que había visto en la alacena de donde sacó el pastel y el vino.

—Según las reglas de la cortesía — dijo el ermitaño, — debo aceptar lo que me propongas. Siéntate, pues, llena la copa, bebamos, cantemos y viva la alegría.

El caballero apretó las clavijas y con voz áspera y de poca extensión, pero que denotaba haber recibido buenas lecciones, cantó una hermosa canción que el ermitaño escuchó atentamente. Cuando terminó, el ermitaño tomó el arpa, cantando a su vez una canción que el caballero elogió calurosamente.

Los dos compañeros estuvieron largo rato cantando y bebiendo hasta que fueron interrumpidos por un apresurado golpeteo que se oyó a la puerta de la ermita.

Pero volvamos a otros personajes.

XVI

CUANDO Cedric “el Sajón” vió caer a su hijo sin sentido en el torneo de Ashby, su primer impulso fué acudir en su socorro, pero no se determinó a hacerlo ante tan numeroso concurso y mandó a Oswaldo que no le perdiese de vista. Este no pudo ejecutar las órdenes de su amo, porque cuando se disolvió la turba, Ivanhoe había desaparecido.

En vano le buscó el fiel copero y hubiera atribuído su desaparición a algún prodigio si no hubiese echado la vista encima a un hombre vestido como escudero y en el que reconoció a Gurth. Oswaldo le echó mano como fugitivo cuya sentencia debía pronunciar Cedric.

Sin embargo siguió buscando a Ivanhoe y lo único que pudo averiguar es que unos lacayos lo habían conducido a la litera de una dama que se

había alejado rápidamente. Oswaldo comunicó esta noticia a Cedric, presentándole también a Gurth. "El Sajón" se tranquilizó al saber que su hijo estaba en manos seguras.

Asistieron al banquete del Príncipe y cuando volvieron a casa montaron a caballo para tomar el camino de Rotherwood. Entonces vió a Gurth y ordenó a los criados que lo ataran.

Los viajeros emprendieron el camino llegando al monasterio de San Witholdo donde pasaron la noche.

A la mañana siguiente, después de haber almorzado opíparamente, abandonaron el monasterio para dirigirse a la morada de Cedric. Este y Athelstane iban a la cabeza de la comitiva hablando de negocios y de la probabilidad de que los sajones pudieran sacudir el yugo que les oprimía y recobrar su independencia. Era necesario para llevar a cabo esta empresa obedecer a un caudillo que descendiese de la casa real sajona y Athelstane se hallaba en este caso. También lo estaba lady Rowena que descendía del rey Alfredo, por lo cual Cedric se había propuesto el enlace de ambos, pero como lady Rowena e Ivanhoe sintiesen un mutua inclinación, Cedric des-

terró a su hijo de la casa paterna. Esta severa medida sólo sirvió para aumentar su cariño, declarando lady Rowena que antes se encerraría en un convento que ocupar un trono con Athelstane.

De este asunto iba conversando con su amigo, cuando habiendo llegado la hora del mediodía, decidieron sestear en un bosquecillo. Allí descansaron y comieron y montando nuevamente a caballo, empezaron a caminar algo más a prisa.

Ya se habían internado en la selva, cuando llegaron a sus oídos los gritos de una persona que pedía auxilio. Al acercarse al lugar de donde aquellas voces salían, vieron una litera puesta en el suelo y junto a ella una mujer joven ricamente vestida al uso de las judías y a un anciano del mismo origen.

A las preguntas de Athelstane y Cedric, el judío refirió que había tomado en Ashby una escolta de seis hombres y dos mulas para llevar la litera de un amigo suyo, enfermo a la sazón. La escolta le había acompañado hasta allí, pero al saber por un leñador que en el bosque inmediato había una gavilla de salteadores, le había abandonado y les pidió que les dejaran ir en su comitiva.

Athelstane se negó y Cedric propuso dejarles dos criados y dos caballos, pero lady Rowena los tomó bajo su protección cediendo a las súplicas de Rebeca.

Los criados concluyeron precipitadamente la mudanza de las cargas y Gurth aprovechó esta operación para escabullirse entre la maleza y separarse de la comitiva.

Entretanto los caminantes se hallaron en una vereda tan estrecha que sólo podían transitar por ella dos hombres de frente. Adelantáronse sin mucho orden y, de repente, fueron atacados y rodeados por todas partes. Los dos jefes sajones fueron hechos prisioneros y los criados cayeron sin dificultad en manos de los salteadores, excepto Wamba que se metió entre los matorrales y quedó fuera del campo de batalla.

De pronto le saltó encima un perro, al mismo tiempo que le llamaban con precaución. Eran Gurth y su perro "Fangs". Wamba le informó de lo sucedido y entonces Gurth, arrojando fuego por los ojos, le dijo que le siguiera para ir a rescatar a su amo. Iban a emprender el camino cuando se presentó en escena otro personaje en el que reco-

nocieron a Locksley, el montero que había ganado el premio de arco en el torneo.

Enterado de lo que pasaba les dijo que no se movieran del sitio marchando a ejecutar un reconocimiento. Volvió al cabo de algunos minutos y les mandó que le siguieran. Dicho esto se internó en el bosque, seguido por el porquerizo y el bufón, que hacían conjeturas sobre quién podía ser.

Después de haber andado tres horas llegaron a un lugar descubierto en el que se alzaba una robusta encina. Junto al tronco estaban echados por tierra cuatro o cinco monteros y otro hacía de centinela. El conductor fué reconocido y saludado por ellos y les ordenó que buscasen sus compañeros y que dos de ellos se dirigiesen al castillo de "Frente de Buey", al cual se dirigía una cuadrilla de galanes disfrazados que llevaban algunos prisioneros.

Los monteros se separaron por distintos caminos y el capitán con sus dos compañeros, tomaron la dirección de la capilla de Copmanhurst.

Al llegar ante ella, oyeron al ermitaño y su huésped, que se desgañitaban repitiendo el estribillo de una canción, interrumpiéndoles los golpes que Locksley dió a la puerta. Al oírlos el anaco-

reta entonó con recia voz un devoto "De Profundis" mientras recogía los jarros y restos del convite y se armaba el caballero.

—¿Qué es esto, ermitaño? — dijo el montero cuando abrieron la puerta. Y reconociendo en el caballero al de la negra armadura que había decidido el combate en favor de los ingleses, le pidió su ayuda contándole lo que sucedía.

El caballero accedió a ello de lo que se alegraron Gurth y Wamba. Este había ayudado a vestirse al ermitaño, que ya estaba completamente armado de espada, broquel, arco y flechas.

Salieron todos y se dirigieron al castillo de "Frente de Buey" donde Locskley había dado orden de que se reunieran todas sus fuerzas.

XVII

EN tanto que se tomaban estas disposiciones para rescatar a Cedric y a los suyos, los malvados que los conducían procuraban llegar cuanto antes al castillo de "Frente de Buey". Pero llegó la noche y tuvieron que aguardar a que llegase la mañana para poder marchar con seguridad y destreza, caminando cuanto más aprisa podían, hasta que por fin se descubrió el musgoso y antiguo castillo.

Al llegar a la puerta, Bracy tocó tres veces la trompa y los ballesteros que guarnecían las torres echaron el puente levadizo y le dieron entrada. Los enmascarados condujeron a sus prisioneros al interior del castillo y se les dió a entender que ocuparían diferentes aposentos. Cedric y Athelstane debían ocupar una habitación separada de lady Rowena, a la que no se permitió estar acompa-

ñada por sus doncellas, y lo mismo se hizo con Rebecca a pesar de las súplicas de su padre.

Cedric y Athelstane fueron conducidos a una pieza que en otros tiempos había sido el salón principal del castillo. Cedric se paseaba por el cuarto, indignado con las reflexiones que hacía sobre los sucesos pasados y presentes, mientras su compañero sólo pensaba en las incomodidades de su situación. A poco se abrió la puerta y entró un maestresala seguido de cuatro criados que llevaban una mesa cubierta de manjares, los cuales se retiraron sin contestar a las imprecaciones que los nobles sajones les dirigieron.

Poco tiempo llevaban comiendo, cuando les interrumpió el sonido de una trompa que se oyó a la puerta del castillo y, al mismo tiempo, se notó gran confusión y alboroto en el interior.

Pero volvamos a los otros personajes. Isaac de York había sido conducido a un calabozo subterráneo de cuyos muros colgaban enmohecidas argollas y cadenas y en un ángulo había una chimenea cubierta con barras de hierro. El judío, más sereno de lo que era de esperar, se sentó en uno de los rincones permaneciendo inmóvil por espacio de tres horas, al cabo de las cuales cru-

jieron los cerrojos y entró en la prisión el mismo "Frente de Buey" seguido por los esclavos sarracenos del templario.

"Frente de Buey" cerró la puerta con dos vueltas de llave, se adelantó hasta colocarse a tres pasos del judío y llamó a uno de los esclavos. Este se acercó y echó a sus pies un gran peso de cruz con varias pesas. El caballero ordenó al judío que le pesase en el acto mil libras de plata. Isaac protestó asegurando que jamás había tenido ni aún siquiera había oído hablar de semejante cantidad, y le suplicaba que tuviese piedad de él y le dejase ir en libertad.

Entonces "Frente de Buey" hizo una seña a los esclavos, los cuales sacando de unas canastas carbón, fusiles y un frasco de aceite, se dispusieron a encender la chimenea.

—¿Ves, Isaac? — dijo el normando. — Uno de mis esclavos mantendrá el fuego y el otro untará tus miembros con aceite. Escoge entre esto o las mil libras de plata.

—¡Ten compasión! — le dijo el judío. — ¡No puedo acceder a lo que me pides!

El normando entonces ordenó a los esclavos que le desnudaran. Estos, echando mano del infeliz

Isaac, le arrancaron del suelo y esperaron la última señal.

El judío perdió toda esperanza y cedió de su tenaz resolución. — ¡Pagaré las mil libras! — dijo. — Pero concédeme la libertad de mis compañeros.

—No te ocupes de esos miserables sajones, y dime cuándo tendré lo mío.

—Deja que mi hija Rebeca vaya a York a buscar el tesoro.

—¡Tú hija! — exclamó “Frente de Buey” con sorpresa. Creí que esa muchacha era tu esclava y se la he dado a Bois-Guilbert para que le sirva.

El pobre hebreo al oír esto lanzó un grito y se arrojó a los pies del normando rogándole que le devolviera su hija. “Frente de Buey” le contestó que no podía remediar lo sucedido y que además nada le sucedería a la muchacha por estar en manos de Bois-Guilbert.

—¡Nada! — exclamó el judío. — ¿Cuándo respiró Bois-Guilbert otra cosa que crueldad a los hombres y deshonra a las mujeres?

Al oír esto “Frente de Buey”, ciego de cólera, ordenó a los esclavos que le desnudaran y lo llevaran al fuego. Iban éstos a cumplir la orden,

cuando se oyó el sonido de una trompeta y voces que llamaban al normando. Este mandó a los esclavos que dejasen a Isaac y salió con ellos del calabozo.

XVIII

ERA ya cerca de mediodía cuando Bracy se presentó a lady Rowena y después de decirle quién era, le manifestó sus deseos y la causa de lo sucedido.

Lady Rowena le contestó con altivez, que no le conocía y que nunca accedería a sus pretensiones.

—Doncella orgullosa — respondió Bracy despechado, — te declaro que no saldrás de este castillo, sino como mi esposa y no sueñes siquiera que Ricardo “Corazón de León” vuelva a sentarse en el trono de Inglaterra, y mucho menos que Wilfrido de Ivanhoe te conduzca a sus plantas para ser recibida como la esposa de un favorito. Sabe, pues, que éste está en mi poder y que si yo revelo este secreto, “Frente de Buey” al saber que está en su castillo, no vacilará en matarle.

—¡Wilfrido aquí! ¡Sálvate, por el Dios que está en los cielos! — exclamó lady Rowena presa de terror.

—Puedo salvarle, y tal es mi intención — dijo Bracy — cuando Rowena consienta en ser mi esposa. La suerte de Cedric y de los suyos depende de tu resolución.

Al oír esto, lady Rowena alzó las manos al cielo y se entregó a todos los extremos del dolor y del despecho. Era imposible mirarla sin compadecerla y aliviarla. Bracy no pudo ser insensible a aquel espectáculo y procuró decir algunas palabras de consuelo a la bella cautiva, asegurándole que no había motivo para que se lamentara con tan terrible desesperación. Pero en medio de este discurso llegaron a sus oídos los ecos penetrantes de la trompeta que había sobresaltado a los otros habitantes del castillo, y este incidente interrumpió los planes de su ambición y de su brutal galantería.

XIX

MIENTRAS ocurrían estas escenas, la judía Rebeca aguardaba la suerte que se le deparaba en la pieza adonde había sido conducida. Al entrar en ella se halló con una vieja que cantaba una antigua trova sajona, llevando el compás con su huso.

—¡Marcha de aquí, bruja! — dijo uno de los enmascarados; — el amo lo manda. — Y se retiró dejando a Rebeca en compañía de la vieja.

—Por Dios Santo te pido — exclamó Rebeca, — que me digas si hay algún medio de escapar de aquí. ¿No hay de dónde esperar socorro? ¡Cuenta con un cuantioso galardón!

—No pienses en eso — dijo la vieja. — De aquí nadie escapa, si no es por la puerta de la muerte. — Y diciendo estas palabras salió de la pieza, cerró la puerta y bajó lentamente la escalera.

Rebeca, que poseía un carácter firme y una gran presencia de ánimo, echó mano de todas las determinaciones capaces de sostener el suyo. Examinó la pieza y vió que la puerta carecía de cerrojo y de pestillo y que la ventana daba a una azotea, lo que le dió algunas esperanzas de poder escaparse por allí, pero pronto descubrió que aquella parte del edificio no tenía comunicación con el resto de la fortaleza.

De pronto se oyeron pasos en la escalera y la puerta se abrió lentamente entrando en la pieza un hombre de alta estatura que se adelantó hacia donde estaba la joven y se paró enfrente de ella. Rebeca, al verle vestido como los bandoleros que la habían atacado en el camino, habíase desabrochado dos costosos brazaletes y un collar y se los presentó al supuesto bandido, ofreciéndole mucho más si los sacaba del castillo libres y sin daño.

—Hermosa Rebeca — respondió el bandido. — Tu rescate debe pagarse en amor y en hermosura, y no acepto otra moneda. Eres mi cautiva y te he conquistado con mis armas. Sométete a la suerte, y yo te pondré en tal estado que las más encopetadas damas normandas tengan que humillarse ante ti.

—¡Someterme a mi suerte! — exclamó Rebeca.
— ¡Cobarde guerrero! El Señor, que protege la inocencia, ha acudido al socorro de su hija y me saca de este abismo de infamia.

Al decir esto, abrió la ventana, y en un instante se colocó en el borde del parapeto, colgada del precipicio. Bois-Guilbert sorprendido hasta el extremo no tuvo tiempo de detenerla y le suplicó que volviese atrás, dándole su palabra de que no le haría la menor ofensa.

—Cedo — dijo Rebeca; — pero no más que hasta aquí. Y bajando del parapeto se apoyó en una de las almenas que lo guarnecían.

Sonó entonces la trompeta a la puerta del castillo y el templario volvió a entrar en el aposento y bajó precipitadamente la escalera.

XX

CUANDO el templario llegó al salón del castillo, ya estaba en él Bracy, y ambos se contaron lo que les había sucedido con las dos hermosas mujeres. No tardó en presentarse Reginaldo "Frente de Buey" que les mostró una carta que le acababa de ser entregada.

El Barón miró y remiró la carta y se la entregó a Bracy, el cual, como era tan ignorante como el primero se la entregó a Bois-Guilbert, quien después de leerla les dijo que era el desafío más extraordinario que pasó jamás por el puente levadizo del castillo de un Barón.

El templario leyó la carta en la que Wamba, bufón del noble Cedric, y Gurth, porquerizo y esclavo del mismo, con la ayuda del caballero "Negro Ocioso" y de otros muchos aliados que hacían causa común con ellos les emplazaban para que

pusieran en libertad al noble Cedric “el Sajón” con todo su acompañamiento y bagajes, declararán-
doles si no cumplían esta demanda, ladrones, mal-
sines y traidores desleales, desafiándoles a pelear
en batalla.

Los caballeros oyeron la lectura y se miraron
atónitos, como si ninguno de ellos pudiera decidir
si era negocio serio o burlas. Bracy rompió el si-
lencio con estrepitosas carcajadas, que repitió el
templario. “Frente de Buey”, lejos de reírse, daba
indicios de desaprobación aquella alegría asegurán-
doles que convenía pensar en las consecuencias
que el negocio les podía acarrear y ver cuánta era
la gente que trataba de sostener el desafío.

—Habrà a lo menos unos doscientos hombres en
la selva — respondió un escudero.

—¡Buena la hemos hecho! — dijo “Frente de
Buey”. — Apenas tenemos gente para defender
el castillo. — Y decidieron escribir una carta en
respuesta al desafío, en la que les decían que an-
tes del mediodía serían decapitados los prisioneros
y puestas sus cabezas en las almenas del castillo,
necesitando por lo tanto un eclesiástico que los
reconciliase con Dios.

El escudero se hizo cargo de la carta y la entre-

gó al mensajero que volvió a donde le esperaban con impaciencia Wamba y Gurth con sus confederados, el caballero "Negro", Locksley y el anacoreta. En torno a ellos había más de doscientos hombres armados y muchos otros acudían sin cesar provistos de hoces, picos y garrotes.

El caballero "Negro" leyó la respuesta, cuyo contenido produjo en todos exclamaciones de indignación. Al ver que pedían un sacerdote, determinaron que Wamba se disfrazara con las ropas del ermitaño y, marchando con gravedad, éste se encaminó al castillo a desempeñar su misión.

XXI

CUANDO el bufón se paró a la puerta del castillo de "Frente de Buey", el guardia que la custodiaba le preguntó quién era y qué objeto le llevaba.

—"Pax vobiscum" — respondió Wamba. — Soy un humilde religioso y vengo a administrar los auxilios espirituales a los presos de este castillo.

El guardia, después de consultar con su amo, volvió a la puerta haciendo entrar al fingido eclesiástico y conduciéndole a presencia de los caballeros. Wamba les dijo que era un pobre religioso que había caído en manos de los ladrones, los cuales le habían enviado para auxiliar a ciertos reos condenados a muerte.

Brian propuso que se le diera una carta para los lanceros de Bracy mandándoles llamar y, para

mayor disimulo, le dejarían ir al cuarto de los sajones antes de enviarlos al matadero.

—“Pax Vobiscum” — dijo el bufón al entrar en la pieza de Cedric, y les anunció que se preparasen para morir.

—A fe mía — dijo Cedric, — que esa voz no me es desconocida.

—Es la de vuestro fiel siervo y bufón — dijo Wamba bajándose la capucha y le pidió que cambiase con él sus vestidos y que saliera del castillo.

Cedric se resistió, pero al fin accedió a las súplicas de Wamba y de Athelstane prometiéndoles venir en seguida en su ayuda.

Hízose el cambio de vestidos, y Cedric, dejando a sus amigos, se puso en marcha para llevar a cabo la proyectada empresa. Al llegar a un pasillo le salió al encuentro una mujer que le pidió visitase a un prisionero que estaba herido en el castillo.

Cedric masculló entre dientes algunas excusas y en aquel momento llegó la vieja Urfrida que le pidió la acompañase, mandando a Rebeca que volviese al cuarto del enfermo que le había sido confiado.

Urfrida condujo a Cedric a otra pieza cuya puerta cerró con gran precaución.

Después de invitarle a beber una copa de vino, tomó la palabra para decirle que era hija del antiguo dueño del castillo a quien el padre de "Frente de Buey" había asesinado así como a sus hijos, conservándola a ella en calidad de esclava.

—¿Tú, hija de Torquil? — dijo Cedric horrorizado. — ¿Tú, hija del amigo y compañero de armas de mi padre? ¿Y has podido vivir así? ¿No tenías a tu disposición un puñal, una cuerda?

Urfrida al oír estas palabras reconoció a Cedric "el Sajón" y le dijo que era el deseo de venganza el que le había hecho vivir y que comprendía que había llegado el momento de cumplirla.

— Ya sé — le dijo. — que este castillo está sitiado por fuerzas enemigas. Diles que estrechen el asedio, y cuando veas ondear una bandera roja en la torrecilla, los sajones podrán pelear sin recelo. No pierdas tiempo: sigue tu suerte que yo sé lo que me aguarda hacer.

En aquel momento se oyó la voz de "Frente de Buey" que llamaba al fraile, y Urfrida se escapó por una puerta oculta. El normando entregó al fraile una carta encargándole que la entregase a

Felipe de Malvoisin al que rogaba que la enviase a York, y acompañándole hasta la poterna del castillo, le despidió entregándole una moneda de oro. Volviendo después a la sala del castillo, mandó que le llevasen a los prisioneros. Sus órdenes fueron obedecidas y "Frente de Buey" no echó de ver en los primeros momentos la transformación de Cedric en su bufón. Al darse cuenta de la huída del noble sajón y de que él mismo le había abierto la puerta del castillo, prorrumpió en imprecaciones y amenazas. Fué interrumpido por la llegada de un criado con el aviso de que un fraile estaba en la poterna y pedía entrada en el castillo, añadiendo que se trataba de fray Ambrosio, lego asistente de Jorvaulx.

Los guardias se llevaron a los prisioneros, y al mismo tiempo entró fray Ambrosio el cual les comunicó que unos bandidos habían hecho prisionero al Prior Aymer y exigían un fuerte rescate, por lo que el reverendo Padre esperaba que acudiesen en su ayuda. Además les comunicó que los sitiadores se acercaban ya a sus murallas.

Reginaldo miró por la ventana y, al ver que el anciano decía la verdad, tocó la trompeta y man-

dó congregar a toda su gente al tiempo que ordenaba al fraile que se retirase.

Cada uno de ellos acudió al lugar que se le había designado y aguardaron con serenidad el asalto que les amenazaba.

XXII

CUANDO Ivanhoe cayó desmayado a los pies de lady Rowena fué conducido por orden de Rebeca a la casa que Isaac había tomado a las puertas de Ashby, y ella misma examinó y curó las heridas del caballero. La hermosa joven había aprendido en su niñez las prácticas de medicina tradicionales en su gente y conservaba cuidadosamente los secretos y recetas de que la había hecho depositaria su maestra, la famosa Miriam.

Cuando el caballero Ivanhoe llegó a la habitación de Rebeca estaba privado del sentido. Rebeca examinó la herida, le aplicó un eficaz remedio y dijo a su padre que podría ponerse en camino con ellos al día siguiente.

Ivanhoe volvió en sí cuando ya iba cerrando la noche y, con gran sorpresa suya, hallóse en un

apuesto magníficamente adornado al gusto oriental. Aumentó su sorpresa cuando entró una mujer ricamente vestida seguido de un criado de color oscuro, la cual, poniéndose el dedo en los labios, le hizo seña de que callase y ordenó al criado que le descubriese el costado. Rebeca examinó el vendaje y pareció satisfecha del estado de la herida.

Cuando vió que iba a retirarse, Ivanhoe, que no podía reprimir por más tiempo su curiosidad, le dijo:

—Noble señora... — Y Rebeca le interrumpió de nuevo, diciéndole quién era y dónde estaba, y le informó, además, de la necesidad en que estaba de pasar a York y de la resolución que su padre había tomado de llevarle en su compañía y de alojarle en su casa hasta su entero restablecimiento, ya que no había médico en Inglaterra que pudiera ponerle en estado de usar la armadura antes de un mes.

—¿Y cuándo podré vestirla por la virtud de tus medicinas? — preguntó Ivanhoe.

—Dentro de ocho días — respondió la hebrea, — si seguís dócilmente mis consejos.

—¡Por la Virgen Santísima — dijo Ivanhoe, — que no estamos en ocasión de desperdiciar los ins-

tantes! Y ahora, permítame que te haga algunas preguntas. ¿Qué es del noble Cedric y de su familia? ¿Qué sabéis del príncipe Juan y de mi noble escudero?

Rebeca le informó de cuanto sabía y dándole a beber una medicina le recomendó que se tranquilizara a fin de que tuviese las fuerzas necesarias para emprender la jornada del día siguiente.

Ivanhoe fué colocado en la misma litera en que salió del torneo y emprendieron el camino con paso acelerado, a pesar de las recomendaciones de Rebeca de que se caminara despacio para conveniencia del herido. Pero aunque Ivanhoe no tuvo de aquella precipitada marcha las malas consecuencias que Rebeca auguraba, desde otro punto de vista, la prisa de Isaac las produjo fatales, porque los sajones que les acompañaban, empezaron a quejarse del daño que sufrían los caballos y de la escasez de las viandas, por lo cual, cuando llegó el momento del peligro, se vió abandonado por aquellos en cuya defensa confiaba.

Así fué como Cedric y los suyos encontraron al judío, a su hija y al herido, y cómo todos ellos cayeron en poder de Bracy y sus confederados. Este, creyendo que dentro de la litera iba lady Rowe-

na, quiso examinarla descubriendo al herido el cual, creyendo que eran bandidos sajones, confesó ser sir Wilfrido de Ivanhoe. Bracy mandó a dos escuderos que no se apartasen de la litera y que si alguien preguntaba quién iba adentro, respondiesen que era un escudero de Bracy que había sido herido en el primer encuentro. Esta misma explicación dieron a "Frente de Buey" cuando preguntó por qué no acudían a la defensa de las murallas. "Frente de Buey" confió a Urfrida el cuidado de Ivanhoe y ésta, que sólo pensaba en llevar a cabo sus proyectos de venganza, dejó al enfermo en manos de Rebeca.

XXIII

AL hallarse de nuevo junto a Invanhoe, Rebeca experimentó una gran alegría. Le tomó el pulso y le preguntó por su salud con vivo interés. Ivanhoe le respondió que su salud se hallaba lo menos mal que podía hallarse en aquellas circunstancias, gracias a su habilidad. Y le dijo, que por las palabras que había oído a los que le custodiaban, se había dado cuenta de que se hallaba preso en el castillo de "Frente de Buey".

Rebeca le informó de que el templario sir Brian de Bois-Guilbert y "Frente de Buey" mandaban las fuerzas del castillo, y que éste estaba sitiado por gentes que ella no conocía, añadiendo que había en la fortaleza un eclesiástico, que quizá podría darle noticias más seguras.

—¿Un eclesiástico? — preguntó el caballero. — Tráele, si puedes, inmediatamente. Dile que hay un enfermo que necesita sus socorros.

Rebeca hizo cuanto pudo para que el fingido eclesiástico pasara al aposento del enfermo; pero la estorbó Urfrida que también deseaba hablarle y Rebeca volvió a dar cuenta a Ivanhoe de la inutilidad de sus diligencias.

Mientras tanto, el ruido que ocasionaban los preparativos de defensa crecía por momentos. Resonaban los pasos de los guardias y ballesteros que iban a ocupar las almenas y se oía al mismo tiempo las voces de los caudillos que animaban a sus partidarios y, en seguida, el estrépito de las armas y el vocerío de los soldados.

Rebeca, observando la extraordinaria impaciencia del caballero, exclamó:

—Yo me pondré a la ventana y te daré cuenta de todo lo que observe. — Y parapetándose con un gran broquel, pudo ser testigo de todos los sucesos del ataque y referirlos al herido a medida que iban ocurriendo. Inmediatamente puso en conocimiento de Ivanhoe que el bosque estaba lleno de gente, sobresaliendo entre todos un caballero con una armadura negra y que llevaba como divisa en el escudo un candado azul, en campo negro.

Sonó la señal de ataque y los monteros hicieron una descarga cerrada, de cuyas resultas murieron

dos o tres de la guarnición y quedaron muchos heridos. Los del castillo respondieron obstinadamente con otra descarga que hizo considerable estrago en los enemigos. El caballero "Negro" con una partida considerable, se dirigió a la barrera de la barbacana y consiguió abrir una brecha. "Frente de Buey" acudió presuroso a defenderla y luchó encarnizadamente con su enemigo, hasta que, vencido por los fuertes golpes de su adversario cayó a sus plantas gravemente herido. El templario y los suyos acudieron en su socorro consiguiendo retirarle al interior del castillo. Los sitiadores habían conseguido tomar las barreras y estrechaban a los sitiados en los muros intentando escalarlos.

Rebeca había ido relatando a Ivanhoe las incidencias de la batalla, sumiéndose al terminar en amargas reflexiones. Cuando fijó su vista en Ivanhoe, el caballero se había dormido.

Durante el intervalo de suspensión de hostilidades, el templario y Bracy tuvieron una breve conferencia en el castillo, tomando disposiciones para la distribución de la gente que disponían para la defensa del castillo, ya que no podían seguir contando con la ayuda de "Frente de Buey".

Volvieron a las murallas y colocaron centinelas en todo el recinto de la plaza para prevenir cualquier sorpresa. También se dispuso que Bracy tomara el mando de la puerta y que el templario se colocaría a cierta distancia con veinte hombres a fin de acudir en todo caso a los puntos amenazados. Bracy y su compañero debían estar prevenidos para hacer frente en todo el circuito de los muros; pero los soldados y escuderos empezaban a desmayar viéndose cercados por todas partes.

XXIV

ENTRETANTO, el dueño del castillo yacía en cama atormentado por los agudos dolores que le ocasionaban sus heridas.

—¿Dónde están ahora — decía, — esos curas? ¿No dicen que es bueno rezar? Pero yo..., rezar... ¡No me atrevo!

—¿No te atreves? ¿Cuándo has dicho otro tanto, “Frente de Buey”? — exclamó junto a su cabecera una voz trémula y aguda.

El barón estremecióse, y miró por todas partes, exclamando:

—¿Quién está ahí? ¡Ponte delante de mí para que yo pueda verte!

—¡Soy el demonio que te persigue! — exclamó la voz. — Piensa en tus pecados, en tus homicidios, en tu padre y en su muerte; ¡acuérdate de la sala de banquete, regada con su sangre que acababa de verter la mano de su hijo!

—¡Ah! — exclamó el barón. — Yo creí que este secreto estaba depositado sólo en mi pecho y en el de la que fué mi cómplice. Busca a la vieja Urfrida que fué la que me puso en el resbaladero. ¡Anda y hazle saborear los tormentos del Infierno!

—Ya los saboreó — dijo poniéndose enfrente del barón. — Esta es la hija del asesinado Torquil de Wolfgauger; ésta es la hermana de sus hijos degollados; ésta es la que todo lo ha perdido a manos de un “Frente de Buey”. Seré el demonio de tu persecución y te atormentaré hasta el último momento.

—¡No lo conseguirás! — exclamó con furia y llamó a gritos a sus criados.

—Llámalos más recio — dijo Urfrida, — que no te responderán. El edificio de tu prosperidad va a desmoronarse. Quiero que sepas la muerte que te aguarda. ¿No ves ese vapor espeso que se alza por todo el aposento? ¿Te acuerdas del pajar que está en el piso bajo de esta torre?

—¡Mujer!... — exclamó furioso el barón. — ¿Le has pegado fuego? Pero sí... ya veo... ¡ya veo las llamas!...

—Sí — dijo la vieja, — ya suben, ya se acercan

al sitio que estás. Adiós, "Frente de Buey". — Y dichas estas palabras salió del aposento cerrando la puerta con cerrojos y llaves.

El perverso, enajenado, daba gritos desesperados llamando a sus criados y amigos y después prorrumpía en maldiciones espantosas contra sí mismo, contra los hombres y contra todo lo que ellos respetan.

XXV

AUNQUE Cedric no confiaba mucho en la ejecución de los planes de Urfrida, no dejó de confiar su promesa al caballero del "Candado" y a Locksley. Estos supieron con satisfacción que tenían en la plaza un aliado que podía facilitarles la entrada, y acordaron con "el Sajón" la necesidad de aventurar el ataque como único medio de libertar a los cautivos. Locksley tomó a su cargo la dirección de los flecheros y el caballero "Negro" se hizo cargo del mando de un grupo de monteros para conducirlos al ataque de los muros, consiguiendo apoderarse de la barbacana.

El caballero empleó la suspensión que siguió a la toma de la barbacana en dirigir la construcción de un gran puente volante para pasar el foso. Cuando estuvo terminado dió las órdenes oportunas para empezar el ataque, pidiendo a Cedric que

tomase el mando de la reserva. Este rehusó diciendo que quería seguirle a donde fuera, pues siendo su causa, suyo debía ser el mayor peligro.

—¡Empecemos en nombre de Dios! — dijo el caballero. — ¡Abrid la puerta y echad el puente!

Inmediatamente se abrió el portalón de la barbacana, empujando los monteros el puente que formaba un paso por el que sólo podían marchar dos hombres de frente. El caballero "Negro", seguido por Cedric, pasó y llegó al lado opuesto empezando a dar terribles golpes con el hacha en la puerta del castillo.

Bracy ordenó a sus soldados que arrojasen sobre él un grandísimo cantón que sobresalía del muro. Dos de los que se disponían a cumplir sus órdenes fueron muertos por las flechas de Locksley y los otros no se determinaban a coger la barra amedrentados por los golpes de aquel formidable tirador. Tomándola Bracy, empujó con todo su vigor el canto de la cornisa, cuyo peso era suficiente para hundir el puente y sepultar con él a los que lo ocupaban, y hubiera llevado a cabo su propósito, si no hubiera oído en aquel instante la voz del templario.

— ¡Todo se ha perdido, Bracy! — gritó Brian.

— ¡El castillo arde!

— ¡Santos del cielo! — dijo Bracy. — ¿Qué hacemos ahora?

— Oyeme y sigue mis consejos — repuso el templario. Y le dió instrucciones para volverse a apoderar de la barbacana y defenderse hasta recibir socorros.

Bracy reunió a sus hombres, corrió a la poterna y la abrió de par en par; mas apenas lo hubo hecho, cuando cayó sobre él el caballero del “Candado”. Bracy sostuvo valientemente la lucha, hasta que al fin recibió un tremendo golpe y dió con su cuerpo en tierra.

— ¡Ríndete, Bracy! — dijo el vencedor apoyando una rodilla sobre su pecho y presentándole una daga. — ¡Ríndete o muere!

— ¡No me rindo a un vencedor desconocido! — dijo con voz apagada el normando.

El caballero del “Candado” se inclinó y dijo algunas palabras a su oído.

— ¡Soy tu prisionero y me rindo a discreción! — dijo el normando. — Mas deja que te informe de lo que te importa saber. Wilfrido de Ivanhoe está herido y prisionero en el castillo. — Y levan-

tándose, se quitó el yelmo en señal de sumisión y entregó su espada a Locksley a quien encontró en el camino.

El caballero "Negro" al oír las palabras de Bracy entró precipitadamente en el interior del castillo. Entretanto aumentaba el incendio y ya penetraban las llamas en el aposento en que estaban Ivanhoe y Rebeca. Ivanhoe se había despertado al oír el estrépito de la batalla.

—¡Huye, Rebeca! — dijo Wilfrido. — ¡Huye y salva tu vida!

—¡No, no! — exclamó la judía. — Huiré contigo o pereceré a tu lado.

En aquel momento se abrió la puerta y se presentó el caballero templario, el cual, apoderándose de la aterrada joven, la arrebató del aposento.

—¡Vil templario! — le decía Ivanhoe. — ¡Deja libre a esa infeliz! Ivanhoe te lo manda, y él sabrá beber tu sangre.

—¡Si no gritas no doy contigo! — dijo el caballero "Negro" entrando en la pieza, y cogiendo a Ivanhoe bajó precipitadamente la escalera. Lo entregó a dos monteros y volvió al castillo a salvar los otros prisioneros.

Una de las torres de la fortaleza estaba ya casi

completamente incendiada. Cedric, seguido del fiel Gurth atravesó las llamas y entrando en el aposento de lady Rowena la entregó al criado para que la condujese al exterior corriendo él en busca de Athelstane. Mas ya Wamba había encontrado el medio de escaparse con él, aprovechando un descuido del centinela y pudieron salir al patio del castillo.

Allí estaba a caballo Bois-Guilbert peleando con inflexible valor. Rebeca, a caballo estaba en medio de la pelea, protegiéndola sir Brian con su escudo. Athelstane creyó que era lady Rowena y tomando un hacha de uno de los guerreros muertos se abrió camino hasta el templario desafiándole en términos violentos. Este apretó el caballo hasta el sajón, y empinándose sobre los estribos, descargó un terrible golpe sobre la cabeza de Athelstane, el cual cayó al suelo, bañado en sangre. Y aprovechándose del terror que había producido la muerte del sajón, partió a la carrera seguido de sus esclavos sarracenos y algunos soldados.

El fuego cundía rápidamente por todas partes y Urfrida apareció en lo alto de una de las torres que al fin se hundió con pavoroso estrépito.

A la mañana siguiente los monteros se reunieron debajo de la gran encina donde habían pasado la noche, para repartirse los cuantiosos despojos que habían recogido.

XXVI

LOCKSLEY tomó asiento en medio de su gente, teniendo a sus lados a Cedric y al caballero "Negro", y procedió a repartir los despojos, pero al ver que faltaba el ermitaño de Capmahurst envió a dos de sus hombres en su busca. Cedric rechazó la parte que el montero le ofrecía y se despidió de todos los presentes, dándoles las gracias por su ayuda. Antes de partir concedió a Gurth la libertad limando la argolla que éste llevaba al cuello y manifestó al caballero del "Candado" su especial agradecimiento, invitándole a acompañarle a Rotherwood. El caballero le prometió que iría y que le pediría una gracia que Cedric le concedió de antemano.

La comitiva del "Sajón" se puso en marcha y a poco se unieron a la comitiva que acompañaba el cadáver de Athelstane al castillo de Coningsburg.

El caballero del "Candado" pidió a Locksley que le permitiese disponer de Bracy, al que concedió la libertad. Este montó en su caballo y partió apresuradamente.

El montero regaló también al caballero el tahalí y el cuerno que había ganado en el torneo de Ashby y le enseñó la manera de tocarlo si se veía en algún lance apurado. En seguida procedió a la distribución del botín con la más escrupulosa imparcialidad, y cuando estaban en esta tarea se presentó el ermitaño conduciendo al judío Isaac, al cual había encontrado en la bodega del castillo. Locksley le notificó que pensara en su rescate y; en aquel momento se presentaron dos monteros conduciendo al prior de Jorvaulx.

Después de haber fijado el precio del rescate del judío y del prior, los monteros informaron al primero del paradero de su hija, a quien un montero había visto cuando Bois-Guilbert la sacó del castillo. Ante la desesperación del judío, Locksley pidió al prior que le diese una carta para el templario prometiéndole que Isaac le recompensaría con una buena suma. El prior escribió la epístola para su amigo y se la entregó al judío y, acto seguido, escribió y firmó un recibo por valor de seis-

cientas coronas como precio de su rescate, partiendo con su acompañamiento.

El judío firmó también su recibo y partió acompañado de dos monteros que le habían de servir de guía.

El caballero que había estado observando todos estos procedimientos se despidió de Locksley, estrechándose la mano como dos buenos amigos y aliados y, montando a caballo, desapareció en los caminos del bosque.

XXVII

DABASE un espléndido banquete en el castillo de York al que el príncipe Juan había invitado a todos sus aliados, con cuya ayuda pensaba sentarse en el trono de Ricardo “Corazón de León”. El Príncipe y Waldemar Fitzurse, su principal aliado, estaban muy intranquilos por la ausencia del templario, de Bracy y de “Frente de Buey”, así como por las graves noticias que hasta ellos habían llegado, cuando se presentó Bracy lleno de lodo y rota y ensangrentada la armadura. Explicó al Príncipe lo sucedido, comunicándole que su hermano Ricardo estaba en Inglaterra, y le manifestó su intención de partir inmediatamente para Flandes aconsejando a Fitzurse que partiese con él.

El príncipe salió del abatimiento en que le había puesto la inesperada noticia, y haciéndoles ver

el terrible castigo que su hermano les infligiría si llegaba, les dijo que puesto que viajaba solo, era necesario salirle al encuentro y atacarle en medio de la selva. Bracy se negó a hacerlo alegando que el rey Ricardo pudo matarle y no lo había hecho, por lo cual él no le pondría la mano encima.

El Príncipe se lamentó del abandono en que le dejaban y del poco espíritu y decisión de los hombres que lo rodeaban, y al oír esto, Waldemar Fitzurse. encargó a Bracy que no dejase solo al Príncipe y pidiendo dos hombres resueltos y diestros en las veredas y en seguir las huellas de hombres y caballos, partió, armado de sus mejores armas, en busca de Ricardo "Corazón de León".

XXVIII

ISAAC de York despidió a los monteros que le acompañaban a la salida del bosque y se dirigió a la casa de un rabino que habitaba en un pueblecillo poco distante del castillo de Templestown a donde se dirigía para rescatar a su hija.

A la mañana siguiente contó al rabino el objeto de su viaje y éste le informó que hacía pocos días había llegado a aquel castillo Lucas de Beaumanoir, Gran Maestre de los templarios, dispuesto a castigar a todos los que habían faltado a las reglas de la Orden.

Isaac se despidió de su huésped, y al cabo de una hora de marcha se paró a la puerta del preceptorio sin saber cómo introducirse en él.

El Gran Maestre se paseaba por el jardín del preceptorio y conversaba confidencialmente con uno de los caballeros de la Orden, lamentándose de

la corrupción y liviandad que se notaba en los caballeros templarios, cuando se presentó en el jardín un escudero anunciándole que había un judío a la puerta de las murallas que pedía hablar con el hermano Brian de Bois-Guilbert. Beaumanoir mandó que le condujeran a su presencia y preguntó a Isaac el objeto de su visita. Este le entregó la carta del prior Aymer, que el Gran Maestre leyó dando grandes muestras de horror y de sorpresa y después de informarse de quién era la hija de Isaac, ordenó que lo arrojasen del preceptorio.

El Gran Maestre mandó llamar a Alberto de Malvoisin, preceptor de Templestown, hermano de Felipe, y le preguntó cómo había permitido que contaminase los muros del preceptorio una judía hechicera.

Malvoisin, que leyó en los ojos del Gran Maestre la ruina de Bois-Guilbert y la suya propia, respondió que lo había hecho para evitar mayores males, ya que la pasión de Bois-Guilbert le había parecido más efecto de locura que de maldad, cosa que debía atribuirse a las artes diabólicas de la hebrea.

—Tienes razón — dijo el Gran Maestre; — procuraremos deshacer el encanto de que es víctima

ese desgraciado. La hechicera pagará con la vida y Bois-Guilbert será perdonado.

Alberto Malvoisin salió en busca de Bois-Guilbert dándole cuenta de lo que sucedía y de que Beaumanoir había condenado a Rebeca a morir como hechicera, yendo él a preparar todo lo necesario para el juicio.

Bois-Guilbert quedó reflexionando y buscando el medio de salvar a Rebeca, en tanto que Malvoisin, acompañado de varios hombres, se dirigía a buscar a Rebeca para conducirla ante el tribunal del Gran Maestre.

Rebeca entró en el salón del preceptorio donde estaba reunido el tribunal y al pasar por entre el numeroso público que llenaba la sala, sintió que le habían puesto un papel en la mano. Ella continuó sin examinar su contenido y, alzando la vista, examinó la sala causándole gran extrañeza el aspecto que ofrecía.

XXIX

EL tribunal había sido instalado en la plataforma del salón. Enfrente de la acusada se alzaba el dosel del Gran Maestre, y a poca distancia de éste, los bancos de los preceptores. Al pie del tribunal estaban colocados los bancos de los caballeros y en otros puntos de la sala había guardias armados y otras muchas gentes atraídas por la curiosidad.

Uno de los asientos de los preceptores estaba vacío y Brian de Bois-Guilbert, que debía ocuparlo, se había colocado en la extremidad de uno de los bancos destinados a los caballeros.

El Gran Maestre abrió la sesión explicando los motivos del juicio que se iba a celebrar y acusando a Rebeca de haber trastornado, por medio de maleficios, sortilegios y hechizos, al hermano Brian de Bois-Guilbert, preceptor de la Orden y

famoso por sus hazañas en Palestina, pidió que se presentaran los testigos y depusieran los hechos que habían presenciado, a fin de dictar sentencia. Las declaraciones de éstos fueron tan exageradas como se podía esperar de unos hombres tan groseros e ignorantes y pintaron como portentosos los esfuerzos del caballero para salvar a Rebeca.

Cuando el Gran Maestre pidió testigos de la vida y operaciones de la hebrea, compareció ante el tribunal un campesino sajón, que dijo llamarse Higg, hijo de Snell, que había estado impedido por espacio de muchos años y a quien Rebeca había curado con el empleo de un bálsamo. El campesino entregó a Beaumanoir una cajita que contenía el unguento y éste fué examinado por dos médicos que declararon que aquella medicina debía ser obra de la farmacopea del infierno, y reprimió duramente al sajón el haber aceptado la curación de manos de una infiel.

Higg se retiró, pero se ocultó entre la muchedumbre aguardando que se pronunciara la sentencia.

Beaumanoir mandó a Rebeca que se descubriese y ésta, quitándose el velo, mostró su extraordinaria belleza que excitó un murmullo de ad-

miración. En seguida, tomando la palabra se defendió de las acusaciones que se le imputaban, asegurando que era inocente y que antes sufriría mil muertes que acceder a las sollicitaciones del templario, y apelando a su honor y a su conciencia, pidió a Bois-Guilbert que dijera si no eran falsas las acusaciones que se le hacían.

Bois-Guilbert sólo pudo responder: — ¡El papel! ¡El papel!

Rebeca leyó disimuladamente el papel que le habían entregado de un modo tan misterioso y leyó estas palabras: “Pide un campeón”.

El Gran Maestre volvió a tomar la palabra y preguntó a Rebeca si tenía algo más que decir, a lo que la hebrea respondió:

—Pido y reclamo el privilegio del juicio de Dios. No faltará quien quiera exponer la vida por la justicia. Y al decir esto, arrojó un guante delante del Gran Maestre.

El tribunal aceptó el ruego y decidió nombrar campeón de la Orden a sir Brian de Bois-Guilbert, al cual fué entregada la prenda del reto, fijándose para lugar del combate el campo que servía para los ejercicios militares de los individuos de la Orden.

Rebeca pidió un mensajero para llevar a sus amigos una carta a fin de enterarles de lo que pasaba. Higgs, hijo de Snell, se ofreció a ello y Rebeca le entregó un billete para su padre.

No tuvo necesidad de ir lejos porque a un cuatro de milla del preceptorio encontró a dos hombres a caballo, reconociendo en uno de ellos a su antiguo amo Isaac de York. Este al leer la carta, cayó al suelo como herido por un rayo. El rabino desmontó, y leyendo también la carta, aconsejó a Isaac que fuese en busca de Wilfrido de Ivanhoe, el cual seguramente le daría consejo y apoyo.

Isaac abrazó a su hermano y corrió a poner en práctica su consejo.

XXX

AL anochecer del día en que se había celebrado el juicio, se oyeron algunos golpes a la puerta de la prisión de Rebeca.

—Entra si eres amigo. — respondió.

—Soy yo — dijo entrando Brian de Bois-Guilbert, amigo o enemigo según resulte de esta entrevista. Oye atentamente lo que voy a decirte. Yo fui quien te envió el papel en que se te aconsejaba que pidieses campeón. Si no hubiese sido por la intervención del Gran Maestro, el oficio de campeón correspondía a un compañero de la Orden y yo me hubiese presentado a asumir tu defensa, y yo te aseguro que, en este caso, nada hubieras tenido que temer.

—Os estáis vanagloriando. — dijo Rebeca — de lo que hubiérais hecho y habéis recibido mi guante, y mi campeón, si es que lo encuentro, tendrá

que lidiar con vos. ¡Aún os atrevéis a llamaros mi protector y amigo!

—Y lo seré. Pero te hablaré con franqueza. Si no me presento al combate, pierdo la fama y la dignidad, el honor y las esperanzas de poder, pero todo esto no es nada a mis ojos si Rebeca se digna decirme: Brian, te doy mi corazón!

—No pienses en esas locuras — dijo Rebeca. — Sé hombre y cristiano y sálvame de esta horrible muerte sin exigir nada en premio.

—No por cierto. Si entro en el palenque, nadie podrá librarte de una muerte tan horrorosa. No hay mujer que pueda soportar esta perspectiva. ¡Rebeca, cederás a mis súplicas!

—Bois-Guilbert — respondió la judía, — no conoces la índole de la mujer. Sabe, arrogante caballero, que no hay valor que iguale al de la mujer que está resuelta a sufrir antes que sacrificar su afecto o su obligación. ¡Adiós, no perdamos el tiempo en palabras vanas!

—¡Adiós! — dijo el templario, y salió del aposento.

El preceptor Alberto que le aguardaba, le reprendió por haber tardado tanto, haciéndole ver el peligro que corrían de ser descubiertos.

—Estoy — dijo Bois-Guilbert — como el que sabe que va a morir dentro de una hora. No puedo ser el campeón. La judía es inocente y yo saldré en su defensa, huyendo después.

—No podrás huir. — dijo el preceptor, — y si lo intentas, la deshonra caerá sobre ti y serás proclamado cobarde entre las risas y el escarnio del populacho.

—Tienes razón, Alberto. Además, me ha despreciado, me ha injuriado, ¿por qué le he de sacrificar la opinión que los otros me tienen? Acudiré al combate, no lo dudes.

XXXI

VOLVAMOS a tomar el hilo de las aventuras del caballero de la negra armadura, el cual, al separarse de los bandidos, se dirigió a un convento próximo, al cual había sido conducido Ivanhoe. Después de hablar con él y convenir en verse en el castillo de Coningsburgh, el caballero Negro se despidió del Prior y partió acompañado de Wamba que le servía de guía.

Poco después del toque de maitines, Ivanhoe pidió al Prior del convento que le proporcionase un caballo y partió asegurándole estar perfectamente curado de la herida, siguiendo el mismo camino que había tomado el caballero "Negro". Este y su guía atravesaban alegres y contentos los laberintos del bosque: Al principio, se pusieron a cantar alternativamente, formando una especie de certamen en el que uno continuaba o

respondía al tema que el otro había empezado.

—Quisiera, amigo Wamba — dijo el caballero — que estuviera aquí nuestro ermitaño de Copmanhurts para que nos hiciera el tercio.

—Pues yo no quisiera — dijo Wamba — aunque me valiera ese precioso cuerno que cuelga de tu tahalí.

—Prenda es esta de la buena amistad de Locksley. Si fuera preciso, con sólo tocar tres notas en este cuerno, ya verías acudir gente en nuestro socorro.

—Hazme el favor — dijo Wamba, — de prestarme ese cuerno, que quiero mirarlo de cerca.

El caballero se quitó el tahalí y lo entregó al bufón, el cual se lo ciñó inmediatamente, poniéndose a silbar el mismo tono que Locksley había enseñado al caballero. Este pidió que se lo devolviera y Wamba se resistió a ello, diciéndole que debía prepararse, porque estaba viendo un morrión entre los árboles, cosa que no le auguraba nada bueno. Apenas había pronunciado estas palabras, cuando salieron a su encuentro seis hombres armados que les atacaron impetuosamente. Las tres primeras lanzas volaron hechas astillas y ya iba a decidirse la victoria por el caballero,

cuando salió otro armado de azul que dirigió su lanza al caballo del "Negro", el cual cayó al suelo arrastrando a su caballero.

En ese momento Wamba tocó el cuerno y a los pocos instantes se presentó una cuadrilla de monteros capitaneados por Locksley y por el ermitaño. Ya entonces había caído al suelo el caballero de azul, y los otros fueron rápidamente vencidos. Al quitarle el yelmo a aquél, el caballero del "Candado" reconoció con espanto a Waldemar Fitzurse, y le ordenó que saliera dentro de tres días de Inglaterra.

Después, volviéndose hacia los monteros, les dijo que él era Ricardo "Corazón de León", cayendo ante él los monteros arrodillados y pidiéndole perdón. Locksley le declaró que él era Robin Hood.

—¡El rey de los bandidos! — exclamó el rey.
— Pero nada temas. A todos os perdono y el velo del olvido cubrirá todo lo que ha pasado durante mi ausencia.

Al mismo tiempo entraron en escena dos personajes.

XXXII

ERAN Wilfrido de Ivanhoe y Gurth. Grande fué la sorpresa del caballero al ver al rey rodeado de bandidos y ladrones y con la armadura cubierta de sangre. Ricardo conoció su perplejidad y le contó lo que había sucedido. Ivanhoe le reconvino por exponerse a tantos peligros y el Rey le recordó lo que le había explicado en el convento sobre la necesidad que tenía de permanecer oculto hasta que sus fieles vasallos se hubieran reunido, pues su aparición repentina podía exponerle a mayores peligros.

Ricardo pidió a Robin Hood que les diese algo de comer y, todos juntos, partieron hacia uno de los lugares de reunión de los monteros, donde éstos prepararon un rústico banquete. Como el tiempo pasaba y el banquete se prolongaba más de la cuenta, Robin Hood, que observó la inquietud de Ivanhoe, le llamó aparte y convinieron en

que era tiempo de separarse. El montero llamó aparte a uno de sus hombres y le ordenó que tocase el cuerno a la manera de los normandos.

Aquel inesperado sonido dejó suspensos a todos los asistentes, los cuales, poniéndose en pie y tomando sus armas, salieron en diferentes direcciones. Entonces Robin Hood, se echó a los pies del Rey y le pidió perdón por haberse valido de esta treta para poner fin al banquete. El rey le perdonó y despidiéndose de él, partió acompañado de Ivanhoe, de Gurth y de Wamba llegando sin obstáculo al castillo de Coningsburgh.

Una gran bandera tremolaba en lo alto de la torre; indicaba que se estaban celebrando las exequias del dueño del castillo. Por las inmediaciones de éste se veían numerosas cuadrillas de forasteros y cuando el Rey y sus acompañantes llegaron a sus puertas, vieron a los cocineros asando bueyes y carneros, y a gentes de toda clase y condición que devoraban con ansia los manjares y apuraban las botas que con abundancia les repartían. El Senescal, al ver dos caballeros extranjeros, penetró por entre la muchedumbre y condujo a los recién llegados a la entrada de la torre a cuya puerta quedaron Gurth y Wamba.

XXXIII

EL Rey Ricardo, en compañía de Ivanhoe, fué introducido en un aposento, donde, en torno de una gran mesa, estaban sentados doce caballeros sajones, presididos por Cedric. Este se levantó cuando vió entrar a Ricardo, y le saludó, así como a Invanhoe que se había cubierto el rostro cuanto pudo con el embozo de la capa. Hecho esto, los condujo a una pequeña capilla con un tosco altar de piedra, al pie del cual estaba colocado el ataúd. Ricardo y Wilfrido se santiguaron devotamente y dijeron una breve oración por el reposo de su alma. Concluído este acto piadoso, Cedric los condujo a un pequeño oratorio en el que se encontraba una dama de gravísimo aspecto. Era la noble Edita, madre de Athelstane, a la cual saludaron los dos caballeros con una humilde reverencia y se retiraron en compañía de su conductor.

Entraron después en una vasta sala, en la que se hallaban veinte matronas y doncellas, que entonces cantaban una canción fúnebre dirigidas por lady Rowena, la cual saludó con una breve inclinación de cabeza.

Recorrieron otras salas hasta llegar a un aposento destinado a los forasteros de distinción y ya se disponía Cedric a dejarlos en él, cuando el caballero le retuvo, recordándole la promesa que le había hecho. Cedric le respondió que estaba concedida de contado y Ricardo "Corazón de León", descubriéndose a él, le pidió que restituyese su afecto a Ivanhoe. Este se arrojó a los pies de su padre, y Cedric, le levantó, pidiéndole que para que fuese sólida su reconciliación, debía vestir y practicar las costumbres de sus abuelos. En cuanto a lady Rowena, debía llevar luto durante dos años por Athelstane.

No había terminado de pronunciar estas palabras, cuando se presentó a su vista el mismo Athelstane, pálido, desgredado y vestido todavía con el atavío sepulcral, produciendo en los que presenciaron esta aparición, una sensación imposible de describir. Al mismo tiempo se oyó en todo el castillo una gritería infernal.

—¡Habla, en nombre de Dios! — dijo Cedric.

—Hablaré cuando recobre aliento — y contó cómo al recibir el golpe que le asestó el templario, había caído aturdido y cuando recobró el sentido se había hallado dentro de un ataúd que, por fortuna, estaba abierto. Iba a levantarse, cuando el sacristán y el abad acudieron y tomándolo por un espectro echaron a correr dejándolo solo. Bajó entonces a las cuadras, y encontrando su propio caballo se puso en camino llegando al castillo en el momento en que se celebraban las exequias.

Entretanto habían entrado en el cuarto cuantos huéspedes cabían y escuchaban asombrados el relato de Athelstane.

Cedric, lleno de alegría, le dijo:

—Aquí me encuentras, noble Athelstane, pronto a sostenerte en el camino de la gloria y de la libertad. Ve aquí al príncipe normando Ricardo de Anjou: dile que no subirá al trono de Alfredo, mientras exista un descendiente suyo.

Al oír esto, Athelstane se dirigió a Ricardo y, tomándole la mano, le reconoció como rey y señor. Edita y Cedric le recriminaron indignados, añadiendo el último. ¿Y mi pupila Rowena?

—Padre Cedric — respondió el sajón. — Lady

Rowena no piensa en mí, sino en mi primo Wilfrido. Aquí está ella que no me dejará mentir. — Y tomándola por la mano, se volvió en busca de Ivanhoe. Este había desaparecido. Buscáronle por todas partes, y al fin se supo que había ido a buscarle un judío, que después de una breve conversación mandó llamar a Gurth, pidió la armadura, montó a caballo y salió a todo escape del castillo.

Cuando el Rey supo esto, bajó al patio del castillo, habló con el judío y montando los dos a caballo partieron rápidamente.

XXXIV

UNA hora antes de librarse el sangriento combate del cual dependía la vida o la muerte de la desgraciada Rebeca, un gran tropel se había agolpado a las puertas del preceptorio de Templestown. El campo en que había de celebrarse era un vasto cercado inmediato al edificio. En esta ocasión, se había erigido un trono para el Gran Maestre y delante de él se alzaba la pira fúnebre.

Cuando la campana de la iglesia de Templestown dió la señal del principio de la ceremonia, echaron el puente levadizo y se presentó el cortejo precedido por el Gran Maestre. Detrás iba Brian de Bois-Guilbert brillantemente armado y seguido por todos los caballeros templarios y, por último, cerrando el cortejo, marchaba Rebeca entre una guardia de alabarderos. Entró la procesión en el palenque, y cada uno ocupó el lugar que le

correspondía. Las trompetas anunciaron la apertura solemne del juicio y un heraldo proclamó el duelo. Siguiéron algunos minutos de suspensión y silencio y. Bois-Guilbert, volviendo de pronto las riendas de su caballo, se encaminó hacia la judía.

—¿Me oyes, Rebeca? — le dijo. — ¡Oyeme! Más esperanzas de vida y libertad puedes tener de las que esos insensatos se figuran. Monta en la grupa de mi caballo y dentro de pocas horas te burlarás de tus perseguidores.

—¡Huye de mí, tentador! — dijo Rebeca. — Tú eres el peor de mis enemigos. Apártate en nombre de Dios.

Alberto de Malvoisin que veía con inquietud la conversación de su amigo con la judía, se acercó y echó mano al freno de su caballo.

Ya hacía dos horas que los jueces aguardaban al campeón de Rebeca y creían que ninguno se presentaría a pelear por ella, cuando se vió venir un caballero a todo escape.

—¡Un campeón, un campeón! — gritaron todos los espectadores.

A las preguntas de los heraldos, el caballero se alzó la visera y respondió:

—Soy Wilfrido de Ivanhoe y vengo a sostener

la causa de Rebeca y a desafiar a sir Brian de Bois-Guilbert, como traidor, homicida y embustero.

El Gran Maestro concedió el campo y el heraldo, viendo a los combatientes en sus puestos, dió la señal, partiendo los dos adalides uno contra otro a carrera tendida. El caballo de Ivanhoe y su jinete cayeron al suelo, pero aunque su lanza no había hecho más que tocar el broquel de Bois-Guilbert, éste perdió los estribos y cayó del caballo.

Ivanhoe se desembarazó rápidamente del suyo y sacó la espada, pero su antagonista no se levantó. El Gran Maestro mandó descubrir al campeón vencido y con gran asombro vieron que estaba muerto. No le había tocado la lanza de su enemigo; murió víctima de la violencia de sus pasiones.

—Bien y legalmente lo has hecho — dijo Lucas de Beaumanoir. — Declaro a la doncella absuelta y libre.

Interrumpió la escena el estrépito de un gran número de caballos que se aproximaban con rapidez.

XXXV

EN efecto; no tardó en presentarse en el campo de batalla el caballero "Negro" capitaneando una cuadrilla de caballeros y guerreros. Al ver que llegaba tarde, ordenó a un caballero de su comitiva que prendiese a Malvoisin. El Gran Maestre protestó de este atropello, pero al reconocer al Rey, ordenó a sus caballeros que se reuniesen y les dió la orden de partir, saliendo del palenque acompañados por los denuestos e injurias del público que había reconocido al Rey y le aclamaba.

Isaac y Rebeca salieron inmediatamente del palenque sin que nadie lo advirtiese.

Sería muy largo relatar los procedimientos judiciales a que dió lugar el plan tramado contra los derechos del Rey. Nos limitaremos a informar a nuestros lectores de que Bracy huyó a Francia, Alberto de Malvoisin y su hermano murieron en el cadalso, Fitzurse salió desterrado del reino, y

el Príncipe Juan no recibió la menor reconvención de su hermano. Cedric accedió a la unión de Ivanhoe y lady Rowena, y las bodas se celebraron con gran pompa en la catedral de York, asistiendo el Rey y toda la nobleza sajona y normanda. Gurth acompañó a su amo en calidad de escudero y Wamba lució un magnífico atavío con campanillas de plata.

Dos días después de su casamiento, Rowena recibió la visita de Rebeca, quien le pidió diese el último adiós en su nombre a Ivanhoe, ya que partiría en compañía de su padre para España, donde tenían un pariente que gozaba del favor del monarca de Granada. Dicho esto, presentó un cofre de ébano a lady Rowena, la cual lo abrió viendo que contenía un collar de diamantes y otras piedras preciosas de gran valor. Rebeca le rogó que lo aceptase, y habiendo accedido lady Rowena, se despidió de ella la judía vertiendo abundantes lágrimas.

Rowena e Ivanhoe vivieron largos y felices años distinguiéndose Ivanhoe en el servicio de su Rey, el heroico Ricardo "Corazón de León".